

Lucha de poder y política exterior. *Smart Power* y hegemonismo mesiánico: ¿declive de Estados Unidos?*

José Luis Valdés-Ugalde**

The pressure of the State machine is
nothing compared with the pressure
of a convincing argument.
CZESLAW MILOSZ

My own mind is my own church.
THOMAS PAINE

Introducción

La elección (2008) y reelección (2012) de Barack Obama es quizá la síntesis más acabada del sueño de Abraham Lincoln y, tiempo después, el de Martin Luther King. Lo cierto es que también fue en los hechos el desenlace menos esperado y deseado por algunos actores y sectores pertrechados en el extremismo ultramontano de la extrema derecha estadounidense. Al menos en este aspecto del análisis de la democracia estadounidense, su elección es también evidencia y expresión (polémica incluida) de que el “sueño americano”, del que tanto hablan los clásicos, da cabida en la jefatura del Estado incluso a un representante de lo que tiempo atrás se catalogó como un ente anómalo (los afroamericanos han sido vistos en Estados Unidos como ajenos y parte de la “otredad” que históricamente le ha resultado tan repulsiva a los representantes más recalcitrantes de la ultraconciencia WASP). Por otro lado —releyendo a Tocqueville, en la *Democracia en América*— claramente nos enfrentamos al apremiante dilema de discutir los cambiantes factores que hacen, desde la actualidad, contradecir quizá aquellas muy elogiosas observaciones que el historiador francés habría hecho de la también muy sorprendente evolución política y económica estadounidense que probablemente desembocó en la construcción del sistema político y económico moderno más avanzado de su tiempo. Tal y como expongo a lo largo de este ensayo, sugiero ver dichos antecedentes virtuosos de la democracia estadounidense en el contexto de la elaboración de la política exterior de Washington, así como del declive relativo que confronta Estados Unidos en estos críticos tiempos del reordenamiento global del siglo XXI.

* Este capítulo, así como el libro del que forma parte y del que el autor es coordinador, fueron realizados durante su estancia sabática en el Lateinamerika-Institut (LAI) de la Freie Universität (FU), Berlín, Alemania, generosamente apoyada por la DGAPA, UNAM, y Conacyt.

** Exdirector (2001-2009) del Centro de Investigaciones sobre América del Norte (CISAN), UNAM, e investigador titular definitivo de dicho centro, <jlvaldes@unam.mx>, <jvaldes@zedat.fu-berlin.de>.

Para entender la dimensión interna de la ulterior política exterior moderna de Estados Unidos, vale la pena entender lo que se ha denominado “alma estadounidense” y recordar las palabras del viajero francés sobre el profundo orgullo que el estadounidense de entonces (y aún el de ahora en diversas regiones) guarda de su condición nacional:

A primera vista parece que todas las mentes de los estadounidenses estuvieran formadas bajo el mismo patrón, de modo que seguramente tomarían la misma ruta [...]. Si le digo a un estadounidense que el país en donde vive es un buen país replicaría “sí, no hay otro como él en el mundo”. Si aplaudo la libertad que disfrutaban sus habitantes, me contestaría “la libertad es algo muy bueno, pero pocas naciones se la merecen”. Si destaco la pureza de los valores que distinguen a Estados Unidos, declara: “me puedo imaginar perfectamente que un extranjero que ha visto la corrupción que prevalece en otras naciones se sorprenda con la diferencia”. Al final, lo dejo contemplándose a sí mismo, pero él regresa a la carga y no cesa hasta haberme hecho repetir todo lo que le he estado diciendo. Es imposible concebir un patriotismo tan burdo y molesto (Tocqueville, 1990: 242 y 267).

La férrea certeza social de este aspecto sobresaliente del sentimiento “americano” (entiéndase estadounidense) de satisfacción personal se advierte de manera notoria en un editorial que apareció en el *United States Journal* el 18 de octubre de 1845:

Es una verdad que todo hombre puede apreciar, si quiere verla, que todos los canales de comunicación, públicos y privados, en las aulas de las escuelas, los púlpitos y la prensa, están acaparados y ocupados con una misma idea que difunden conjuntamente todas estas fuerzas: que nosotros, el pueblo americano, somos el pueblo más independiente, inteligente, moral y feliz sobre la faz de la tierra (*United States Journal*, 1845).¹

El desarrollo de este trabajo —análisis del ímpetu *excepcionalista* incluido— se fundamenta en la hipótesis de que la política exterior de Obama sustentada en el “poder inteligente” (*smart power*)² que, sostengo, es la que corresponde a un nuevo siglo si Estados Unidos quiere sobrevivir como potencia, aunque ahora de manera copiosa acompañada por otros actores, afronta una transición crítica entre las viejas tensiones del pasado (en donde esa “alma” y “sentimiento” estadounidenses se muestran hoy con furia) y una idea avanzada, de futuro que incluso la pueden hacer fracasar desde la polarización pronunciada que se ha generado. La propuesta avanzada sugiere que Estados Unidos le tome el pulso al entorno global desde una posición menos determinísticamente hegemónica y sin mesianismos agonizantes, pero sí desde una más realista y correspondiente con los nuevos tiempos del sistema internacional, que han ubicado a Washington en una posición de declive relativo, lo que afecta su potencial actuación como actor solitario y vigilante del sistema global en el nuevo siglo. Es decir, se trataría de que Washington renunciara al papel característicamente unipolar que lo distinguió desde la guerra fría.

¹ Para mayor información sobre esta fuente periodística, véase Fuentes Mares (1980). Las traducciones de las citas son del autor.

² Combinación entre poder duro (acción militar y sanciones económicas) y poder suave (diplomacia).

En el capítulo me referiré a la relación crítica que hay entre orgullo nacional y el sentido de misión en la elaboración de la política exterior, así como su impacto en el futuro. Analizaré algunos de los acontecimientos, temas y teorías más representativos de este proceso que han sido trascendentes y que han impactado el debate público en Estados Unidos e influido para que un posible desenlace de caída se produzca o se prevenga. Esto incluye referirse a la lucha por el poder intestino y al debate político y en cuyo proceso se ha producido una seria crisis ideológica dentro del sistema político estadounidense, en particular dentro del Partido Republicano (PR) que se juega su futuro frente a este tsunami ideológico; todo lo cual, por último, ha impactado negativamente en la esfera de las decisiones de la política exterior y en los avances de Estados Unidos hacia una prevención efectiva de lo que considero una relativa (aunque gradual y potencial) pérdida de poder a nivel global.

Haré esto no sin antes argumentar que la elección de Obama, quizá como nunca antes desde los años setenta y ochenta, representó un parteaguas en el proceso político y el debate ideológico que parecería estar acusando una mayor crisis en el PR que en el Partido Demócrata (PD), toda vez que la presencia de una fuerza de facto, tal y como lo es el Tea Party,³ ha desbordado los ánimos en su interior y destruido su tejido original, así como el equilibrio en la toma de decisiones, básico para cualquier partido político que pretenda sobrevivir. Se trata de una facción radicalizada del PR e inclinada a la extrema derecha del partido. Sus miembros se declaran en contra de la deuda nacional y también se autodenominan “libertarios”. Se inspiran en el movimiento bostoniano homónimo de 1773 que protestó contra medidas impositivas de parte de Gran Bretaña sobre las importaciones de té. Su actividad se ha concentrado en combatir las políticas de Obama, en particular, el llamado “Obamacare”, que aboga por un seguro universal.⁴

Lo cierto es que su intransigencia ideológica lo ha convertido en un movimiento destabilizador, al grado de que, por ejemplo, el 30 de septiembre de 2013, prácticamente provocó el cierre del gobierno, al haberse negado a aprobar el presupuesto, lo cual implicó que ochocientos mil empleados federales fueran obligados a una licencia indefinida sin goce salarial, además de afectar brutalmente el gasto de gobierno. Vale decir que ni siquiera en los tiempos del neoconservadurismo de primera y segunda generación, el PR se había corrido en tal forma hasta la extrema derecha del espectro político y olvidado tan pronto el “conservadurismo compasivo” que distinguió la era de Ronald Reagan y del primer presidente Bush. Esta circunstancia nos permite recordar las ideas de Gore Vidal para entender vívidamente el estado en que se encuentra (o se mantiene) el PR, acerca del cual Vidal decía que no era un partido, sino un estado de ánimo, como la juventud hitleriana,

³ El Tea Party nació en 2009. Es una corriente dentro del PR inspirada por Sarah Palin, después de su derrota y la de John McCain, candidatos vicepresidencial y presidencial, respectivamente, ante el PD que encumbró a Obama como el vigesimocuarto presidente de Estados Unidos.

⁴ La perla más reciente del furioso embate republicano contra Obama es la solicitud de *impeachment* (o destitución) promovida por el PR el 3 de diciembre de 2013 ante el Comité de Asuntos Judiciales de la Cámara de Representantes (Milbank, 2013).

basada en el odio. El PR y su cúpula aceptaron la presión de esta facción (o no la pudieron o no la quisieron contrarrestar), evidenciando su crisis programática e ideológica, y se convirtió así en un partido etéreo cuya tendencia a extender su propia degradación al seno del atribulado espectro político estadounidense en aras de quitar espacios a Obama ha resultado incontenible, destructiva, casi perversa, diríase. Ha sido también un factor que suma al desprestigio de la imagen de Estados Unidos en el mundo.

Orgullo nacional y misión: ¿hacia una política exterior para el futuro?

Es obvio que cada nación tiene su forma de preservar el orgullo espiritual, tal y como lo observamos en el empeño ruso, empujado por el actual mandatario Vladimir Putin por rescatar en pleno siglo XXI las peores tradiciones de la herencia zarista y de las añejas autocracias, o más sana y pulcramente en Alemania, que preserva su lengua como un patrimonio nacional frente al embate del inglés. En todo caso, la versión que tiene Estados Unidos del suyo se ha usado en relación con el tema de política exterior que nos ocupa, para otros propósitos ajenos al consumo interno. Esta versión de sí mismo ha penetrado profundamente el espectro de la política exterior estadounidense y la conciencia de sus hacedores de políticas (principalmente los más recalcitrantemente identificados con esta versión religiosa de su ser nacional) y, por ende, ha influido en los grandes propósitos de participación de Washington en los asuntos mundiales. Por lo tanto, es obvio —pero también notable— que uno de los fundamentos básicos de la política exterior estadounidense es el carácter cuasirreligioso que los hacedores de política exterior han imprimido en su propia visión del mundo, así como en la construcción doctrinaria y en la elaboración histórica de sus políticas estratégicas que de ello se desprenden.

Este aspecto, como en algún momento se vio en el caso latinoamericano con el surgimiento de la doctrina Monroe y los inolvidables derroteros del hoy deshilachado Destino Manifiesto, cuya huella agravante permanece en la conciencia colectiva latinoamericana, se convertiría en una poderosa herramienta para ulteriormente ejercer su derecho a la protección del mundo y, al mismo tiempo, justificar e incluso *santificar* (a la Bush) la interferencia estadounidense en el control de los asuntos de las naciones que plausiblemente emerjan como casos críticos. La satanización ha sido también un factor presente cuando Washington amenaza con su desprecio eterno a todo el que se oponga a su ímpetu hegemónico.

El contenido misionero de la política exterior estadounidense y, por lo tanto, el compromiso para proteger al resto del mundo, si bien reafirma la autoconciencia de destino histórico, ha arrojado diferentes significados y propósitos particulares a lo largo de las coyunturas históricas de Estados Unidos; no obstante, el carácter mesiánico de su política exterior, presente en nuestros días en el tono que adquiere la polarización interna que —con no muy buenos presagios— anuncia su permanencia para los tiempos venideros, tiene sus orígenes en las concepciones

y filosofías puritanas de los protestantes disidentes provenientes de Europa. Este carácter convertía al nuevo país en el destinatario de una responsabilidad histórica extraordinaria para mantener la libertad, el orden y el progreso, acorde con los principios de la civilización moderna, a la cual ya empezaba a pertenecer con relativa armonía. Y, en efecto, este aspecto de la vida política en Estados Unidos le da un toque sublime a su proceso y, a pesar de ello, este carácter de su vida política no anula (sino que más bien afirma) otro elemento argumental que aquí sustentó acerca de la génesis simbólica y real de la hegemonía, así como del carácter hegemónico distintivo de Estados Unidos: la idea de que el partido o el Estado sea sustituido por una religión organizada, acompañado por la imposición de jerarquías, de elites y de una liturgia semiseculares en el discurso oficial. Ciertamente, un proceso no muy distante del que caracterizó también el discurso ideológico de los regímenes comunistas durante la guerra fría.

Esta noción de progreso en Estados Unidos, como escribió Octavio Paz, era también:

brutal e insensible, [sin] noción alguna de matiz o ironía, [hablando] en proclamas y consignas [...], eternamente de prisa, y [...] traída a colación de manera breve sólo si chocase precipitadamente contra una pared [...], la fascinación que presenta la decadencia para los estadounidenses no está tanto en sus encantos filosóficos y estéticos, sino más bien en el hecho de que es la puerta de entrada a la historia. La decadencia les da la posibilidad de acceder a lo que siempre han buscado: la legitimidad histórica (Paz, 1985: 22).

Así pues, fue en gran medida en la búsqueda de la “legitimidad histórica” y en su persecución de la modernidad cuando Estados Unidos empezó a explorar su futuro. En un conocido panfleto publicado en 1776 (a la postre convertido en un texto clásico y fundacional del pensamiento político estadounidense) y titulado *Common Sense*, Thomas Paine, representando el espíritu de independencia prevaleciente en la nueva república, escribió acerca del grado en que los *nuevos americanos* estaban comprometidos como “guardianes de la vacilante flama de la libertad”. El suyo, sostiene, sería el “poder para comenzar el mundo otra vez” (Paine citado en Hunt, 2009: 20).

Por su parte, Tocqueville nos dice que el puritanismo era “casi tanto una teoría política como una doctrina religiosa. Tan pronto como los inmigrantes desembarcaron en las yermas costas descritas por Nathaniel Morton, su primera preocupación fue constituir una sociedad” (Tocqueville, 1990: 34).⁵

Aquí nació un discurso moralista, combativo contra el imperialismo y el expansionismo europeos (“para comenzar el mundo otra vez”). La unidad del discurso religioso y político descrita por Tocqueville sitúa la nueva república y a sus padres fundadores como dioses, imbuidos por una visión y un destino mesiánicos: una nueva génesis para una nueva realidad histórica, en la que Washington debía tener el dominio sobre América y después sobre el mundo. Los distintivos religiosos y

⁵ En este sentido, “americanismo” estaría vinculado con puritanismo.

mesiánicos de esta imagen de las nuevas responsabilidades externas de Estados Unidos se convirtieron en una doctrina respaldada por lo que llamaré una *geografía teológica*, que originalmente se consolidó en el marco de una *teología de la seguridad*.⁶ Ambos componentes no seculares de la política exterior estadounidense serían dominantes en la elaboración de la concepción del mundo y, como resultado de esto, en el entendimiento de las realidades circundantes en cada época histórica y, en consecuencia, en las políticas puestas en práctica en diversas regiones del orbe.⁷

A partir de aquí me interesa añadir otro desarrollo argumental: se trata de analizar cómo el proceso político estadounidense, que vivió su cénit en 2012 con la reelección de Obama —aunque también la evidencia relativa de su anunciada decadencia—, confronta presiones que muy probablemente le impidan concretar con éxito las aspiraciones hacia una política exterior más justa y ordenada, cuyos fundamentos se encuentran en la propuesta de poder inteligente (*smart power*) que entiende Obama desde 2008 y que ha logrado —aunque escasos— importantes éxitos hacia la resolución pacífica de varios conflictos que Washington confronta. Ejemplos de esto son el muy reciente y aún parcial ablandamiento en la relación con Irán (sobre lo que abundaré más adelante), la confrontación palestino-israelí, la escalada crisis y posterior retirada de Irak, la ahora matizada ofensiva extremista emprendida por el primer ministro israelí, Benjamin Netanyahu —a partir de que Obama gobierna—, desde Tel Aviv hasta el mismo Capitolio, que por ahora se ha detenido, la inevitable resistencia de Vladimir Putin a abandonar sus delirios autocráticos y favorecer un orden regional y global estables y conveniente para sus propios intereses geopolíticos (Putin, 2013; Hill, 2013), la reagrupación de Al Qaeda en diferentes frentes subregionales y los consecuentes riesgos de seguridad global que esto supone, pero más o menos controlados, entre otros muchos temas. Las presiones de carácter estructural en las que descansa mi argumento son de varios órdenes y se corresponden con el corto y el largo plazos de la política internacional de Washington:

1. Las inercias intervencionistas sistémicas heredadas por George W. Bush (quizá el último de los mesiánicos en la Casa Blanca), que revivieron una tradición desprestigiada, aún más por el fracaso de la invasión a Irak y contra la que Obama se opusiera en campaña a partir de 2008 desde la Casa Blanca.

⁶ Términos del autor. Dadas las características teológicas del discurso político, se debe poner atención a la similitud que esto tiene con la historia del Génesis, de acuerdo con el cual el hombre se convierte en el Señor de la Creación. Aun en el siglo XXI, se atestigua esta narrativa persistente por parte de Washington. Destaca principalmente el predominio que tiene esto en el discurso entre los sectores ultraconservadores del espectro político.

⁷ La doctrina es concebida como un componente general y permanente (por tanto, como un componente filosófico) de la política de Estados Unidos, que implica la defensa de la seguridad nacional y, más destacadamente, como una percepción particular del concepto de seguridad nacional y la forma metódica y pragmática en que se pone en operación. Es también una forma de vida específica, no sólo para exportar seguridad, sino para consolidarla e implementarla a largo plazo en el escenario político estadounidense. Sobre estos planteamientos desarrollados hasta aquí, he elaborado sistemáticamente algunos trabajos previos (Valdés-Ugalde, 2004, 2007 y 2008, así como Valdés-Ugalde y Vega, 2009).

2. Las tendencias históricas intervencionistas de “los patriotas de silla de ruedas” (*The Nation*, 2013b) o del PR, inspiradas en el ya citado mesianismo estadounidense y que en este momento se perciben como antitéticas *versus* las condiciones de poder prevalecientes y que mantienen a la expectativa sobre las posibilidades reales de recuperación del poder perdido de Estados Unidos.
3. El reflejo condicionado que estos patriotas imprimen en el establecimiento político estadounidense acerca de mantener a este país como “el policía del mundo”.

Elecciones, debate interno y nostalgia hegemónica

Ciertamente estos elementos han mantenido una presencia constante en el actual debate interno y externo moderno sobre las prioridades de Washington. En forma por demás particular, esto ocurrió durante las elecciones presidenciales de 2008 y en las de 2012, y de las cuales Obama salió airoso para un segundo periodo frente al candidato republicano, Mitt Romney, un político tradicional y acartonado, sin imaginación ni ideas claras y que, sin embargo, representa nítidamente las ideas fijas y planas de estos “patriotas de silla de ruedas”, que son a su vez los representantes de un discurso originario que tuvo su momento y que hoy por hoy ya hace perder elecciones.⁸ Asimismo, y en buena medida como un desprendimiento de esto, hemos sido testigos de la profunda crisis que sufre el PR, que ha perdido atributos identitarios que en el pasado lo sostenían como un partido de corte conservador pero democrático, inspirado en las ideas del teórico inglés Edmund Burke (acerca de esto abundaré más adelante) (Valdés-Ugalde, 2012). La contienda de 2012 trajo como consecuencia un enfrentamiento entre las varias posturas que, mal que bien, permean intensamente el ambiente político en Washington y que se mantienen vigentes; todo ello ha generado intensas tensiones internas que han desembocado en falta de confianza de los actores económicos, obstaculización en la gestión económica de Obama y mayor inestabilidad para una de por sí, vulnerable economía.

En este sentido, estaríamos ante una ruptura entre esa visión mesiánica y otra más acorde (incluso hasta idealista, dentro de su marco realista tradicional) con los tiempos del presente.⁹ Lo que sí presenciemos es una disputa intensa y por demás crítica entre el presente y el pasado de lo que debe ser el papel de Washington en la evolución o replanteamiento del orden global, tal y como lo conocemos. Partiendo de este enfoque, Estados Unidos parece empezar a reconocer, desde el corazón del poder y de su nuevo discurso, que no se encuentra solo en el mundo y que, por ende, para la resolución de diversos problemas regionales o globales se requiere de

⁸ Una prueba elocuente de esto son las derrotas recientes del Tea Party y, de refilón, del PR en Virginia, Alabama, Nueva Jersey y Nueva York (*The Economist*, 2013b).

⁹ Es probable que desde los tiempos de la presidencia de Kennedy no haya habido un presidente realista más idealista —con todas las limitaciones teóricas que esto presenta—, que Obama.

la intervención de diversos actores, llegando a la conclusión de que ni Washington resolverá todos esos problemas por sí solo ni el resto del mundo puede resolverlos sin aquél (Valdés-Ugalde y Duarte, 2013).

Estados Unidos entró a la contienda electoral de 2012, quizá la más fascinante de los últimos tiempos, en medio del vaivén internacional, pero también de una contradicción política que confronta al Estados Unidos actual con los discursos que a fines de los ochenta y principios de los noventa presagiaban su pronta condición predominante en el sistema internacional. Desde 1989 —aunque hay argumentos que nos remiten a los años sesenta y setenta (léase el efecto *Sputnik*)—,¹⁰ la compleja apertura que impuso la globalización y la caída del conjunto de dominios soviéticos colocó en un principio a Estados Unidos en una posición unipolar y muy pronto de relativa fragilidad en el escenario internacional frente a sus más cercanos competidores, como China, la Federación Rusa, así como a sus aliados y opositores de la Unión Europea y otras regiones del mundo.¹¹ Se trata de un momento fundamental en el que Washington se acomodará, ya para recuperar su espacio hegemónico, ya para consolidarlo o, en última instancia, para perderlo sin remedio a expensas del aumento del poder relativo de nuevos jugadores del escenario global. Ambos planos, el nacional e internacional, están presentes e influyen directa e indirectamente en el tono y contenidos del debate político desde 2011.

De infamias políticas

Entre la andanada de reproches del PR contra Obama se incluye que el presidente no ha tenido una política exterior acorde con los cimientos neoimperiales que le han dado a Estados Unidos su razón de ser. Algunos precandidatos republicanos (Mitt Romney, Rick Santorum y Newt Gingrich) criticaron la supuesta debilidad del demócrata frente a Irán, la retirada militar de Irak, la tibia defensa de Israel y, por último, el haber aceptado el debilitamiento de su poderío y la reducción del gasto del Pentágono. Las dos últimas, consecuencia directa de la crisis económica de 2008 y del presupuesto que entonces (al igual que en septiembre de 2013) mal ayudaron a aprobar en el Congreso. En cuanto al proceso electoral de 2012, anteriormente escribí que desde las mismas primarias republicanas:

las posturas en materia de política exterior de los potenciales candidatos sugirieron el retorno al poder duro de Bush. Por ejemplo, los ocho contendientes (Jon Huntsman, Mitt Romney, Rick Santorum, Newt Gingrich, Ron Paul, Herman Cain, Michele Bachmann,

¹⁰ Se refiere al momento en que la URSS, el 4 de octubre de 1957, lanzó al espacio el primer satélite artificial llamado *Sputnik*, adelantándose con esto a los esfuerzos de Estados Unidos; como consecuencia, en julio de 1958, se creó la NASA, detonando lo que se conoce como *era espacial*.

¹¹ Para mayores argumentos acerca del debate sobre los alcances exitosos de Estados Unidos como actor hegemónico, véanse Nye Jr. (1990; 2002: caps. 1 y 5; 2004), Walt (2006), Wohlforth (1999: 5-41), Brooks y Wohlforth (2002: 20-33), Mastanduno (1997: 49-88) e Ikenberry (1998-1999: 43-78).

Rick Perry —la mayoría sujetos a la presión del Tea Party—, concordaban en que, de convertirse en presidentes, la política hacia Paquistán, Siria e Irán sería agresiva (y se usaría incluso la fuerza militar en estos últimos); continuarían con el respaldo al Israel del caprichoso Netanyahu, y se perseguiría con dureza que China abandonase las prácticas desleales en el ámbito comercial. Algunos no dudaron en retomar la política del despliegue de un escudo antimisiles en Europa del Este y seis de ellos estaban decididos a utilizar el ahogamiento simulado (*waterboarding*)¹² entre los prisioneros de guerra (los que se oponían eran Paul y Huntsman). Semejante fue la línea que siguió Mitt Romney. Durante ese tiempo, él y su equipo de campaña se dedicaron a descalificar los logros de Obama en política exterior y a intentar capitalizar algunos descuidos de su administración, como el ataque al consulado estadounidense en Bengasi, Libia, donde murió el embajador Christopher Stevens. Al final, las posturas republicanas que sugerían retomar el poder duro como primer recurso pusieron de manifiesto su negligencia en temas de política exterior, sugiriendo que dentro del PR varios no han tomado en cuenta los efectos nocivos de la política exterior de la era Bush, por lo que siguen sin ser conscientes de que es mejor ejercer un buen liderazgo en vez de imponer dogmáticamente la hegemonía estadounidense, tal y como en su momento sugirió Brzezinski (Valdés-Ugalde y Duarte, 2013).

El candidato perdedor, Romney, afirmó:

Otra de las suposiciones del presidente Obama es que Estados Unidos se encuentra en estado de declive inevitable. Parece creer que hemos entrado al mundo “postamericano” pronosticado por Fareed Zakaria en su bestseller del mismo nombre. La perspectiva es compartida por muchos en el círculo de política exterior y aparentemente por el presidente. Él, por lo tanto, ve su tarea como algo relacionado con la administración de ese declive, haciendo la transición al estatus de postsuperpoder tan dúctil (*smooth*) como sea posible, ayudando a los estadounidenses a entender y ajustar a sus nuevas circunstancias (Romney, 2010: 28).

La afirmación de Romney en mucho es un reflejo del pensamiento dogmático que aún domina el Centro Racional estadounidense;¹³ se hace a expensas y en

¹² El ahogamiento simulado o *waterboarding* es una técnica de interrogación catalogada como tortura. El tema ha dado mucho de qué hablar luego de la nominación de John Brennan para dirigir la CIA, quien colaboró en esa misma dependencia durante la administración de Bush y dijo que se había opuesto rotundamente a esa técnica; empero, ante el Comité de Inteligencia del Senado, en su audiencia de confirmación, reconoció que no intentó detener dicho programa. La nominación de Charles Hagel como nuevo secretario de Estado es una muestra clara de que el poder inteligente seguirá siendo el medio para alcanzar los objetivos en el exterior planteados por Obama. Hagel es un republicano y veterano de la guerra de Vietnam, sin embargo, ha sido crítico de la invasión a Irak de 2003, del cabildeo judío y de las grandes dimensiones que ha alcanzado el Pentágono en la política de seguridad y defensa estadounidense (Brzezinski, 2004).

¹³ Clarke y Halper (2007) se preguntan qué ha pasado en la política exterior estadounidense. En su argumento señalan que los encargados del establecimiento de la política exterior ya no realizan el trabajo encomendado: mantener una política exterior informada y racional. En lugar de esto y en aras del inmediatismo ideológico se muestran simplemente ansiosos de lanzar la siguiente “gran idea”, recurriendo a alusiones míticas supuestamente elocuentes. El resultado, argumentan, es que a los estadounidenses se les presenta con frecuencia un mundo de fantasía, con escenarios de pesadilla, en lugar de explicaciones que conduzcan a opciones racionales. Su propuesta es que se recupere la integridad de la elite a cargo de la política exterior para así recuperar el lugar de preminencia de Estados Unidos en el mundo.

sentido contrario del sesudo testimonio de analistas de diversa naturaleza y de la evidencia empírica que demuestra el debilitamiento relativo de Estados Unidos en el entorno global. El discurso de Romney en campaña fue sólo una pequeña pero importante evidencia (si consideramos que él encabezó la oposición a Obama) de la ausencia de liderazgo y creatividad ideológicas del PR. Más aún —y a diferencia del agudo instinto político que ahora recordamos en Benjamin Disraelí en la época victoriana, quien sí supo sugerir en su tiempo qué necesitaba cambiar en Gran Bretaña para conservar su poderío como potencia mundial—¹⁴ se evidencia que, de entre todos los responsables de la política en Estados Unidos, los republicanos en particular carecen de un discurso y una visión clara de lo mucho que Estados Unidos tiene que cambiar desde dentro para lograr (no sólo para pensar) mantenerse como potencia dominante influyente en el sistema internacional, sino también para mantenerse como nación próspera y con futuro, y quizá regresar al escenario internacional con más fuerza. Esta corriente que arrastra al PR al abismo representa un movimiento político regresivo, cuya ceguera respecto de sus propias limitaciones hegemónicas produce una crisis generalizada de dimensiones quizá nunca vistas en Estados Unidos.

Por otro lado, el declive se ha convertido en motivo de debate teórico y de polémica en el seno de los discursos contemporáneos, tanto de Washington como de actores emergentes como Brasil, cuya presidenta, Dilma Rousseff, canceló en septiembre de 2013 su visita de Estado a Estados Unidos debido al *Snowden affair*,¹⁵ así como de China, que insiste en que su avance no representa amenaza alguna para nadie.¹⁶

Así, en el ámbito del acalorado debate político interno presentado desde antes de 2008, Obama ha sido (y permanecido) consistente con su estrategia original de *smart power*; por ejemplo, tenemos primero y principalmente el pronunciamiento de Obama a favor de su aliado incómodo, Israel —todo un tema en el Capitolio—, que incluiría el ataque concertado a Irán de continuar este país con el muy poco claro proceso de enriquecimiento de uranio. Esto presumiblemente lo llevaría (así lo afirma el primer ministro de Israel), en pocos meses, a construir una bomba atómica. Netanyahu se refiere a la denominada “zona roja”, según la cual el proceso de producción de armas nucleares es ya irreversible, pero que en el caso de Irán es de dudarse y parece formar parte más bien de una exaltada retórica israelí que recurre al chantaje como medida preventiva frente a la cautela de Obama (a pesar de su explícito apoyo a Tel Aviv) y al propio extremismo ideológico al que el primer ministro ha respondido.¹⁷ En este terreno, Obama se resignó a convertirse —por necesidad y supervivencia política— en “halcón a la fuerza”, quedando expuesto

¹⁴ Sobre esta interesante faceta de la historia del imperio británico, muy útil como símil en este análisis, véanse las reflexiones de Tony Judt (Judt y Snyder, 2012: cap. 2).

¹⁵ Edward Snowden, ex empleado de la CIA y de la NSA, filtró, en mayo de 2013, más de doscientos mil documentos clasificados que comprometen las labores de inteligencia global de Washington.

¹⁶ Sobre la cancelación del viaje de Rousseff a Washington, véase *The Economist* (2013a: 43), así como el interesante capítulo de Arturo Santa Cruz, “La gran encrucijada china”, incluido en este volumen.

¹⁷ Véase el interesante desafío de Kenneth Waltz (2012) al respecto.

(en el contexto reeleccionista de 2012) por el lado del eslabón históricamente más débil de la política exterior estadounidense. Esto les ha ocurrido a todos los presidentes desde James Carter. Tal presión (aunque de igual manera diríamos que convicción) lo llevó a afirmar ante The American Israel Public Affairs Committee (AIPAC), principal cabildero israelí en Estados Unidos, lo siguiente:

He dicho que cuando se trata de prevenir que Irán obtenga armas nucleares no dejaré fuera de la mesa ninguna opción y hablo en serio. Eso incluye todos los elementos del poder estadounidense: un esfuerzo político para aislar a Irán; un esfuerzo diplomático para sostener nuestra coalición y asegurar que el programa iraní sea monitoreado; un esfuerzo económico que imponga sanciones; y, sí, un esfuerzo militar para estar preparado ante cualquier contingencia (The White House, 2012).

La declaración demuestra el apoyo claro e incuestionable a Israel que Netanyahu quiso ignorar con demagogia, ingratitud y poco respeto por las formas diplomáticas a que obliga la etiqueta de estadista. En este terreno, al parecer, el primer ministro subestimó a Obama. Hoy las cosas han cambiado y la nueva relación que se ofrece con Irán a partir del ascenso del sucesor del extremista Mahmud Ahmadineyad, Hassan Rouhani y de la manifiesta y discreta moderación mostrada por su jefe, el Ayatola Ali Khamenei, puede significar el inicio de un acercamiento diplomático más constructivo entre Washington y Teherán. Este reencuentro de Irán con Occidente parece apuntarse a raíz del acuerdo nuclear logrado en Ginebra entre el Grupo P5+1 e Irán, que el 24 de noviembre de 2013 firmaron un compromiso que obliga a Irán a disminuir hasta a un 5 por ciento su producción de uranio 235 y a las potencias a levantar sanciones económicas a Teherán por un monto de siete mil millones de dólares, más treinta mil millones que recuperaría Teherán como fruto del levantamiento de sanciones a sus exportaciones petroleras.¹⁸ Es visible que estos hechos alejan, por el momento, los nubarrones de enfrentamiento, al tiempo que equilibra el trato con un Netanyahu más acotado y moderado a raíz de su reelección y disminución de sus poderes parlamentarios en 2013 (Ganji, 2013: 24-48). Aunque sobre esto el PR también se niega a ceder y recurre a todo para desestabilizar y golpear la política obamista.

Así pues, muy a pesar de la evidencia ofrecida por Obama, Romney nunca dejó de insistir, durante el proceso electoral de 2012, en que Obama abandonó a Israel, que “es, de entre los más grandes aliados de Estados Unidos, un buen amigo y de confianza, uno que ha hecho grandes sacrificios por la paz” (Romney, 2010: 26). No obstante esta insistencia, hubo diversos análisis que se encargaron de desvelar la verdad de los hechos y demostrar la inconsistencia de la crítica republicana, como es el caso de Haim Saban, quien escribió en *The New York Times*:

Romney reclama que Obama ha lanzado a aliados como Israel bajo las ruedas de autobús, pero de hecho el presidente ha seguido pasos concretos para hacer a Israel

¹⁸ El P5 +1 está conformado por Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, China, Rusia y Alemania (Valdés-Ugalde, 2013c; *The Economist*, 2013c).

más seguro —compromiso que ha descrito como “no negociable” [...]; su apoyo a la seguridad y bienestar de Israel ha sido sólido: como presidente proveyó plena asistencia técnica y financiera para construir el sistema de defensa antimisiles cortos Iron Dome [...]; en julio proporcionó setenta millones de dólares adicionales para extender el sistema del Dome en el sur de Israel, esto además de los tres mil millones en asistencia militar anual por la cual el primer ministro, Benjamin Netanyahu, ha expresado su profundo agradecimiento personal (Saban, 2012).

Delirio ideológico, discurso mesiánico y mentiras han bordado el discurso republicano desde la primera y segunda campaña presidencial. Obama hubo de responder a la presión de coyuntura.¹⁹ En este punto se advierte cómo Obama queda atrapado entre dos frentes de gran incomodidad moral y política: o proteger y garantizar la seguridad de su aliado y atajar el discurso incendiario de los republicanos o mantenerse como el presidente del *smart power* e insistir en la presión diplomática para evitar una aventura militar contra Irán de pronóstico catastrófico a todas luces. Aún hoy Obama se encuentra dividido en este tema, entre la opción dura (con más prioridades israelíes que estadounidenses) y una diplomática que llevaría a un espacio de paz relativo.²⁰

Romney y el GOP al desnudo²¹

Presenciamos, así, enormes tensiones en el medio de la coyuntura electoral de 2012, en la que más que nunca salieron a flote las debilidades estructurales de los actores y los elementos críticos que conforman el establecimiento político estadounidense. Lo más destacable es que Obama logró tomarle la medida a Romney y al PR en varios temas, además de exponerlo a los cuatro vientos. Por ejemplo, en su página web Obama for America, se le hicieron cargos graves a Romney en su calidad de empresario en los años ochenta y noventa. Su enorme fortuna, que se calcula en el orden de los trescientos millones de dólares, fue hecha, en parte, a costa de los derechos laborales de los trabajadores que despidieron él y sus socios. En un video en el que ofrecen su testimonio ex trabajadores de GST Steel, Dade Behring y la tienda de ropa Stage Stores, se denuncia que Romney compraba las compañías desde su filial Bain Capital, inflaba las acciones en la bolsa, las vendía cuando estaban en su cima obteniendo ganancias de millones y después las abandonaba a su suerte y a la quiebra, teniendo que despedir a sus empleados.²² Las víctimas de las operaciones informan que se despidió a más de nueve mil trabajadores de las tres

¹⁹ Obama declaró en Washington: “Estados Unidos siempre le cubrirá las espaldas a Israel”, aunque matizó, en referencia a Irán, el caballo de batalla de Netanyahu: “aún hay una oportunidad de solución diplomática”.

²⁰ Cabe considerar, en medio de la turbulencia, la insistencia de Obama de aclarar al mundo Islámico que “Estados Unidos no ha estado ni estará en guerra con el islam” (véase el discurso dado en El Cairo [The White House, 2009]).

²¹ Las siglas GOP significan Grand Old Party, denominación que identifica al PR desde sus orígenes.

²² <<http://my.barackobama.com/Romney-Economics>>.

empresas, dejándolos sin liquidación y sin seguros de ningún tipo. Si de por sí esto ya representaba tristes augurios para Romney, se erigió también para el sentido común del electorado en un caso más de capitalismo salvaje, de baja ética empresarial y de pésima administración, que Tony Judt (2010) expone bien en su libro *Algo va mal*. Con base en estos datos, Romney, exaspirante a jefe de Estado, se encargó de abonar al desprestigio político de su país al constituirse en un caso más de especulación sin escrúpulos, de “capitalismo de casino” (Reich, 2012). Fue tal tipo de capitalismo el que, en gran medida, causó el septiembre negro de 2008 y que ha mantenido sumido a Estados Unidos en una recesión que ha complicado la gestión de Obama y la vida al grueso de los estadounidenses. No se diga la autoridad real y moral de Washington para impulsar la recuperación económica y política del sistema global que sería al tiempo, como argumento aquí, un avance hacia su propia recuperación. Probablemente el único camino posible que le queda.

Estos antecedentes retratan a un político frívolo y arbitrario, un gran pasivo para la dirigencia del GOP que lo toleró y que hacia ese momento ya había sucumbido a la *vendetta* del Tea Party.²³ Con base en estos antecedentes empresariales de Romney, se especula por qué republicanos moderados temían que se convirtiera en candidato, aunque carecía de la autoridad moral para denunciar la gestión económica de Obama. Su argumento de que era un buen candidato por haber sido empresario exitoso se desmoronó el mismo día en que perdió espectacularmente Ohio y Florida, dos estados emblemáticos en los que basaba sus esperanzas, pero en realidad todo empezó a caerse a partir de su plutocrática (y poco elegante, aunque inolvidable) declaración sobre el 47 por ciento de estadounidenses autovictimizados, *morosos y parias*, dependientes de un sistema de bienestar que, por cierto, él mismo se encargó de construir cuando fue gobernador de Massachusetts (2003-2007).²⁴ Paul Krugman ha escrito que esta declaración “refleja hasta dónde el GOP ha sido llevado por la visión de sociedad a la Ayn Rand, en la cual un puñado de heroicos hombres de negocios son responsables por todo el bien económico [...]. Fue una ventana al interior de las verdaderas actitudes de lo que se ha convertido en el partido de los ricos, por los ricos y para los ricos, un partido que considera al resto de nosotros como no merecedores siquiera de un respeto simulado” (Krugman, 2012).

En otro frente, Obama también asumió una ofensiva por demás original. El 9 de mayo declaró en una entrevista: “las parejas del mismo sexo deberían poder casarse”. Me permito referirme al tema toda vez que da relevancia al argumento

²³ Había ocurrido con Sarah Palin, cuando ella acompañó, como candidata a la vicepresidencia, a John McCain en 2008.

²⁴ Romney declaró: “el 47 por ciento de la gente votará por el presidente sin importar lo que pase. Bien hay un 47 por ciento con él, que son dependientes del gobierno, que piensan que son víctimas, que creen que el gobierno tiene la responsabilidad de cuidarlos, que creen que tienen derecho al cuidado en salud, alimentación, vivienda [...]. Que ése es un derecho y que el gobierno debería dárselos. Y votarán por este presidente no importa lo que pase [...]. Es gente que no paga impuestos al ingreso. [Mi trabajo es no preocuparme por esa gente. Nunca los convenceré de que deben asumir una responsabilidad personal y preocuparse por sus vidas”. Estas declaraciones fueron divulgadas en un video secreto por *Mother Jones* (Corn, 2012).

de cómo, en una nación moderna, se confrontan posiciones arcaicas con otras avanzadas, estas últimas ubicadas en el mismo corazón del Poder Ejecutivo. Este posicionamiento, ya hoy con repercusiones legales contundentes a nivel local y global, resulta, pues, en suma, audaz, además de ser histórico. Por vez primera, un presidente se pronuncia así sobre tan polémico tema.²⁵ Electorera o no, esta declaración obligó a Romney a pronunciarse en contra: “el matrimonio es la relación entre un hombre y una mujer”, declaró el exgobernador.²⁶ Fue una apuesta riesgosa de Obama, que tuvo por lo menos tres aristas: 1) haber acorralado a Romney en medio de su propio cerco ideológico impuesto por el extremismo dominante del Tea Party, orillándolo a negar derechos civiles legítimos de una minoría extensa (la homosexual) que cuenta con las simpatías de la mayoría de los segmentos de la población, como mujeres (el 51 por ciento), jóvenes (el 63 por ciento), liberales (el 68 por ciento), moderados (el 56 por ciento) y población blanca no latina (el 47 por ciento), que acabaron votando en contra de él y lo que representaba; 2) exponerlo como un intolerante de extrema derecha que no reconoce que se trata de un tema de reivindicación de los derechos civiles de una minoría que, aunque aceptada socialmente, no cuenta aún con suficientes garantías legales; 3) Obama, como representante de una minoría racial se colocó en el centro, como el pararrayos del debate, obligando a Romney al repliegue, o, al menos, a ponerse en evidencia como un actor insensible que no conoce del tema de género en pleno siglo XXI, y de paso exponer al PR en su conjunto como inhábil en los manejos de la cosa pública e incapaz de entender el mundo que lo rodea.

En cambio, Obama se reafirmó con esta ofensiva como un personaje sensible y abierto al tema y, repelente a las difamaciones de Romney, quien acabó derrotado por su propia visión regresiva de la política interna y externa, no se diga de la vida en comunidad ante la cual los republicanos se muestran cada vez más intolerantes. Esto no obsta para reconocer que desde 2011 la puja republicana en contra del presidente Obama (quien ha acusado debilidad en los momentos críticos de la confrontación) ha capitalizado poder político a su favor. Así, podrán estar perdiendo los pequeños debates acerca de diversos asuntos de política interna, como el presupuesto, pero los republicanos han avanzado poco a poco al imponer su agenda política en el clima político nacional, la cual conducen de forma temeraria (*The Nation*, 2013b; Perlstein, 2013). Esta debilidad sería un elemento crítico que habrá de pesarle a Estados Unidos en su esfuerzo por lograr una recuperación plena y un acomodamiento en el sistema global como actor creíble y confiable.

Si lo anterior ocurriera, esto tendría un alto significado histórico debido a que Estados Unidos (como toda nación dominante en la historia) nació para ser un

²⁵ Este tema, como el del Obamacare, son dos de los asuntos locales que anteceden la polarización desproporcionada que ha situado al PR en el extremo, todo lo cual ha impactado negativamente en el *clima* en el que se discuten los derroteros de la recuperación del poder estadounidense en la esfera global.

²⁶ Paul Ryan, candidato vicepresidencial del PR, había propuesto en el Congreso una reforma a la Constitución para definir el matrimonio como uno entre un hombre y una mujer, lo cual consistiría la primera vez que se eliminara el derecho constitucional de una minoría.

hegemón, no para perder predominancia y menos autoinfligiéndose debilidad y descrédito. La intolerancia contenida en la intensidad religiosa y el dogmatismo extremo que está detrás de los argumentos ideológicos de estos sectores dominantes tienen atrapado a Washington, tanto en el plano interno como en el externo, en el peor de los escenarios. Es probable que la vida política estadounidense esté viviendo un fin de ciclo. Lejos habrán quedado los tiempos en que la idea misma de ser un pueblo elegido —como se argumentó al principio de este capítulo— justificaba el concepto de un mandato histórico para convertirse en la nación elegida, comisionada por Dios para resolver cualquier necesidad que el mundo tuviera. Esta noción de ser elegido entre el resto para jugar un destino peculiar en los asuntos mundiales tenía una explicación triple en los inicios de los tiempos neohegemónicos: la necesidad de obtener *a*) una identidad particular, *b*) una serie de rasgos sociales uniformes, y (a pesar de esto) *c*) un carácter nacional excepcional dentro del concierto de las naciones.

Augelli y Murphy ilustran notablemente este último señalamiento al dar una descripción del significado del *sentido común* en la sociedad estadounidense, y sus implicaciones para el ciudadano en cuanto a la concepción de sí mismo y su visión del mundo, todo lo cual parece estar capitalizando en el corto plazo el PR, al tiempo que bien puede significar el principio de su decadencia:

Puede entenderse la religión colonial como la fuente de tres series de ideas que son del sentido común para la mayoría de los estadounidenses [...]. Primero, la identidad, sobre quiénes son los estadounidenses, con la visión que muchos tienen de su propia excepcionalidad y destino; la idea de ser el pueblo elegido. La segunda tiene que ver con su forma de tratar el disenso, cómo conducirse con las personas que tienen visiones diferentes de las propias. Para muchos estadounidenses las únicas maneras de lidiar con gente cuyas visiones difieren de las propias es aislarse de ellas (o a ellas de uno), convertirlos o destruirlos [...]. Finalmente, tenemos la limitada idea estadounidense de la caridad, que está ligada con la convicción de la excepcionalidad del pueblo estadounidense (Augelli y Murphy, 1988: 37).

Y sobre la visión y misión mundial, estos autores han notado un rasgo de relevancia que apunta con mucha precisión al corazón del sentido argumental de este ensayo:

probablemente, la creencia popular más difundida en torno a los asuntos internacionales es que Estados Unidos tiene un destino peculiar. Los hacedores de la política exterior estadounidense necesitan, y han querido casi siempre, tratar a Estados Unidos como un país con una misión especial [...]. Aquellos que aceptan esta sentencia calvinista tienen dificultades para aprobar cualquier intento que su gobierno pueda hacer para cerrar tratos de largo plazo con cualquier nación que no admita el “sistema americano” (Augelli y Murphy, 1988: 59).

Goodbye hegemony?

Una vez desarrollado el cimiento político-cultural que internamente explica la posición de preeminencia, pero sobre todo la voluntad de poder que domina la sociedad

y la política estadounidenses, decantada la génesis histórica del impulso hegemónico que mueve a Estados Unidos en la definición de sus prioridades de política exterior; analizaré, dentro de este contexto, los elementos que componen el supuesto fin de la era hegemónica estadounidense y su muy posible relación íntima con el proceso político y económico interno de toma de decisiones que le da o quita sentido y mística. Aunque no siempre guarda una relación de causa-efecto, se tiene que considerar el grado en que la política interna afecta e impacta los cimientos de los que dependen los procesos de toma de decisiones de la política exterior de Estados Unidos. En última instancia, se trata de debatir hasta dónde, como nos sugiere Fareed Zakaria (2011), estamos ante el nacimiento de un mundo “postestadunidense”.

Procede sustentar, en el desarrollo que a continuación realizaré, que parto de que las especificidades sistémicas de este proceso vinculante entre los ordenamientos de la política interna y la externa se producen en el marco del liberalismo político al que responde Estados Unidos y sus principales allegados del mundo occidental, que en última instancia han descansado históricamente —para bien y para mal— en las ligas establecidas con Washington. Incluso China, la Federación Rusa o India, que no se distinguen por responder a los preceptos del liberalismo político son, de una u otra forma, agentes que han respondido al orden estadounidense, sobre todo en lo que respecta a la liberalización económica y comercial.

Desde la guerra fría, Rusia fue el caso más obvio. Con China se alcanzó una *détente* (“relajación, distendimiento”) bien organizada entre Washington y Pekín y un entendimiento tácito de no agresión (Walt, 2011: 8; Komine, 2008; Kissinger, 2011: caps. 8-10), y con India se establecieron vínculos más estrechos a partir de que este último país sufre un colapso que deviene en su partición cuando surge Paquistán en 1947; no se diga la producción de energía atómica por parte de ambos países, que tanto atormenta a los hacedores de política occidentales y que ha repercutido en una política de sobrestimación hacia Israel y la facilitación otorgada para su obtención de poder nuclear, derecho no reconocido por muchos miembros de la comunidad internacional y que hoy tiene atorada no sólo la relación con Irán, sino con la región completa. Israel es el verdadero *enfant terrible* del Medio Oriente.

Con base en el paralelismo indopaquistaní, Waltz, precursor de la escuela realista sobre el equilibrio de poder, propone tres alternativas interesantes para resolver la crisis en la región: 1) diplomacia y sanciones semiblandas a Irán, que parecen no estar produciendo beneficios; 2) permitir que Irán evolucione, como Japón, en el desarrollo de su programa nuclear sin que esto signifique la construcción de la bomba, todo lo cual implicaría esfuerzos mayores (pero meritorios) de supervisión por parte de Occidente y de la ONU y no a satisfacción de la parte de Israel, y 3) que Irán continúe con la producción de energía atómica, se le permita la producción de la bomba y lograr el equilibrio al que, Waltz argumenta, llegaron India y Paquistán en 1974 y 1998, respectivamente, cuando realizaron sus primeras pruebas nucleares, tal vez con la venia occidental, alcanzando así un equilibrio nuclear que según Waltz les hace aún más difícil el uso de su fuerza nuclear en contra del otro. Esto ha llevado, en la visión de Waltz (2012) y contrario a lo que se piensa, a un mayor equilibrio regional e internacional.

Lo cierto es que a partir del 11 de septiembre de 2001 (11-s) y de las aventuras estadounidenses militares en Afganistán y más notoriamente en Irak en 2003 (que en efecto, fueron factores de desequilibrio regional) se ha debatido en la academia y en la esfera pública sobre el largamente anunciado decaimiento del poder de Estados Unidos en el entorno global. Stephen M. Walt ha planteado la génesis del declive de Estados Unidos de la siguiente manera:

las guerras de Irak y Afganistán fueron no sólo costosas heridas autoinfligidas; fueron también demostraciones elocuentes de los límites del poder militar [...] mostraron que las proyecciones no comparables de las capacidades de poder eran de poca utilidad para construir ordenes políticos efectivos, una vez que el sedicioso liderazgo era destituido. En lugares donde las identidades locales se mantienen fuertes y en donde la injerencia extranjera no es bienvenida por mucho tiempo, incluso un súper poder global como Estados Unidos tiene problemas para obtener los resultados políticos deseables (Walt, 2011: 11).

Por su parte Christopher Layne (2006), argumenta que si bien el unipolarismo característico de Estados Unidos va en picada desde hace tiempo y que el “hegemón benevolente” prevalecerá, coincide con Walt y él mismo (profundo crítico de los waltzianos) lanza una crítica punzante acerca del error estratégico de Washington, que es en sí misma una aceptación del fin de la preeminencia unipolar estadounidense:

Para la mayoría en el mundo, la invasión [a Irak] destruyó una de las bases más importantes sobre las que la noción de hegemonía benevolente estadounidense está fundada: la percepción de que Estados Unidos es un poder del statu quo. En efecto, la idea de que Estados Unidos —hasta la administración de George W. Bush— prefería actuar multilateralmente es más mito que realidad. Aunque esta administración (Bush) ha sido más inepta diplomáticamente que muchos de sus predecesores, la sustancia de su política ha sido la misma: Estados Unidos actúa multilateralmente cuando puede (p.ej., cuando otros apoyan las políticas de Estados Unidos), y unilateralmente cuando decide que lo debe hacer, que es la mayoría del tiempo (Layne, 2006: 24-25).²⁷

Así las cosas, la coyuntura crítica en que Washington situó su posición de poder después del 11-s no es parte de un debate ocioso: éste tiene dimensiones aún inconmensurables, pero asequibles. Como apunta Fred Halliday, se refiere a cuáles son y serán los derroteros de la modernidad en el mundo capitalista y democrático de Occidente, del cual Washington intenta mantenerse a la vanguardia. Halliday (2002) sostiene que los atentados terroristas supusieron un “suceso global” y, a su vez, precipitaron una “crisis global” de la cual podría “costar cien años salir”. En todo caso, lo más trascendente de este histórico momento es que es

²⁷ El autor agrega: “Una acusación hecha en contra de la administración fue cuando, inmediatamente después del 11 de septiembre, el presidente Bush le dijo al mundo que tenían dos opciones: podían apoyar a Estados Unidos u oponerse a él y sentir su furia. Torpeza o no, esa administración no fue la primera en usar ese tipo de tácticas de intimidación. Durante el apogeo de la guerra fría, por ejemplo, el secretario de Estado John Foster Dulles argumentaba que no era ‘moral’ que el bloque no alineado se mantuviera neutral en la lucha entre Estados Unidos y la Unión Soviética” (Layne, 2006).

producto de la modernidad misma. Tanto en el ámbito político como económico, Estados Unidos ha vivido desde los años noventa y en forma más severa desde 2001 una crisis interminable. Como ya se mencionó, la esquizoide y equivocada invasión de Bush a Irak en marzo de 2003 (que Romney y el PR querían repetir, y quizá lo habrían hecho de haber ganado la presidencia) radicalizó y expuso aún más el proceso de decadencia estadounidense, catapultó su desprestigio a nivel global y reforzó el sentimiento antiestadunidense en esa región y otras naciones vecinas (Walt, 2011: 10, 11 y 15). También ocurrió así con la crisis de 2008, que hizo detonar en manos de Obama una bomba de tiempo que ha cimbrado los cimientos del edificio del capitalismo estadounidense y de pasada los de la estabilidad económica y financiera global. Para los aliados estadounidenses como la UE y Japón, y hasta para la emergente y poderosa China, esta inestabilidad ha expuesto su propia estabilidad económica, toda vez que ha impactado el equilibrio y la sustentabilidad económicas de largo plazo.

Para algunos como Krugman y Joseph Stiglitz, Estados Unidos se enfrenta a una depresión económica (la tercera) que es consecuencia de un proceso deflacionario (decrecimiento), ante lo cual el análisis racional de los *practitioners* en Estados Unidos parece haber quedado afectado en forma descomunal (otra vez la política interna afecta a la externa) (Krugman, 2009; Stiglitz, 2009). Por ejemplo, Krugman (2009) plantea que ni siquiera la austeridad fiscal podría solventar aquellos pasos imprescindibles que se requieren para salir del atolladero. Además, las medidas del rescate económico que ha propuesto Obama están hoy secuestradas por la pugna interpartidista que ha contaminado la política y que con certeza impactarán negativamente en la economía estadounidense todavía en forma indefinida, no se diga su política exterior. El último de los eventos al respecto fue el lamentable espectáculo montado por los congresistas republicanos (y algunos demócratas) en septiembre de 2013, cuando votaron en contra de la aprobación del presupuesto, cerraron el gobierno y tuvieron en jaque a la economía de Estados Unidos y del mundo por dieciséis días (Valdés-Ugalde, 2013a).

Por su parte, el expresidente William Clinton ha contribuido a la polémica y ha apuntado que “muchos han estado apostando en contra de Estados Unidos por doscientos años y siempre han perdido su dinero” (*The New York Times*, 2012). Quizá sea cierto. En todo caso, ante la magnitud de las crisis que capotea hoy Washington, algunos autores apuestan a favor de que el declive es un hecho y otros niegan que éste ocurra o que se consume. Es común que ante el surgimiento y crecimiento económico de Brasil, China, India (los BRICS) y de Turquía, entre otros, se perciba que Estados Unidos tendrá que ceder los espacios de hegemonía que nunca antes había tenido que compartir; no obstante y muy a pesar de esta pérdida de poder, hay que entender, como sugiere Joseph Nye, que el declive siempre es relativo al poder que los otros detentan y en términos absolutos de cómo el declive se basa en cambios internos. En pocas palabras —sugiere Nye— no hay, desde las guerras peloponesas, la emergencia de Atenas y el derrumbe del imperio británico, un único modelo de comparación para entender el colapso de los grandes poderes, menos aún el de Estados Unidos como potencia solitaria (Nye, 2011). El poder

creciente de otros actores globales no significa necesariamente que el debilitamiento estadounidense le entregue sus primicias hegemónicas. En consecuencia, es probable que aún en lo que queda del siglo XXI sigamos discutiendo si el mundo entra o no a un orden posestadunidense.

El Leviatán liberal²⁸

En este capítulo hemos establecido ciertos parámetros que vinculan la política exterior de Estados Unidos con la interna. En tal sentido, se ha argumentado acerca de la tensión existente entre el discurso —excepcionalista—, la hegemonía en declive y el deterioro gradual en las formas de hacer política interna y llegar a consensos por parte de la clase política estadounidense. Al parecer, es en este crítico triángulo donde la estrategia de política exterior inteligente de Obama se enmarca (y con probabilidad queda atrapada), poniéndola en duda, en muchos casos, como una opción de política exterior sustentable hacia la obtención del equilibrio de poder que Washington se ha acostumbrado a imponer cuando sus condiciones objetivas de ejercicio de poder se lo exigen. Al avanzar la segunda década del siglo XXI, Estados Unidos no ha perdido todas sus capacidades para el ejercicio unipolar de su poder dominante, pero sí los elementos con los que contó desde los años cuarenta para el pleno ejercicio de su poder hegemónico unipolar. Se trata de un nuevo momento de la geopolítica global, cuya futura evolución aún no queda del todo clara. Cabe decir que el problema de la “crisis hegemónica” estadounidense, aun cuando su prospectiva era remota e incierta, se remonta a los años cincuenta. En un documento fundamental producido en Washington en 1950 por el Consejo de Seguridad Nacional (NSC 68), ya se advertía acerca de la adquisición soviética de poder atómico, lo cual, se temía, le daría ventaja y *momentum* geopolítico a Moscú. En 1957, los soviéticos lanzaron el *Sputnik* al espacio, hecho que atemorizó a Estados Unidos e hizo pensar al presidente Kennedy que los soviéticos serían más ricos que Estados Unidos y decir a Nixon que Estados Unidos se “estaba convirtiendo en un gigante indefenso” (Walt, 2011: 6; Kagan, 2012; Nye, 2011: cap. 6). Desde entonces, según expone Nye, se habla en Estados Unidos del declive de poder del país en el concierto global. Nye (2011) apunta que la palabra “declive” “mezcla dos dimensiones diferentes: declive absoluto en el sentido de decadencia o la pérdida de la habilidad para usar los recursos propios efectivamente y declive relativo en el cual los recursos del poder de otros estados son mayores o son usados más efectivamente”. Kagan concuerda con la mayoría cuando plantea que:

La presunción casi universal es que Estados Unidos en efecto ha perdido influencia. Cualquiera que sea la explicación —el declive de Estados Unidos, el “ascenso de los otros”, el fracaso aparente del modelo capitalista estadounidense, la naturaleza

²⁸ Me inspiro en el libro homónimo (Ikenberry, 2011).

disfuncional de la política en Estados Unidos, la complejidad creciente del sistema internacional— es ampliamente aceptado que Estados Unidos no puede moldear el mundo para que satisfaga sus intereses e ideales como alguna vez lo hizo. Cada día parece ofrecer más pruebas, al tiempo que pasan cosas en el mundo, que se ven contrarias a los intereses de Estados Unidos y más allá de su control (Kagan, 2012: 4).

Respecto del voluntarismo hegemónico, Kagan sostiene críticamente:

desde luego que es cierto que Estados Unidos no es capaz de obtener lo que quiere la mayoría del tiempo [...]. Muchas de las impresiones actuales acerca del declive estadounidense están basadas en falacias nostálgicas: que hubo un tiempo cuando Estados Unidos podía moldear el mundo entero para satisfacer sus deseos y hacer que otras naciones hicieran lo que Estados Unidos quería que hicieran y [...] como lo dice Walt, “administrar los arreglos políticos, económicos y de seguridad para la casi mayoría del globo” (Kagan, 2012: 4).

Parag Khanna, autor de *The Second World*, argumenta que hoy por hoy la geopolítica del siglo XXI reside en el poder de “los nuevos tres grandes”, Estados Unidos, China y la Unión Europea (Khanna, 2008); sin embargo, aclara, el impulso “policéntrico”, por más multiplicidad que le da a la distribución de cuotas de poder entre diferentes agentes estatales (y no estatales), no significa que esto le permita el ejercicio armónico o pleno de poder en la esfera global. Se trata de un viejo asunto que tiene que ver con la interdependencia de la que depende las más de las veces la relación entre actores estatales:

Los tres grandes hacen las reglas —sus propias reglas— sin que ninguno de ellos domine y los otros son dejados para que escojan a sus pretendientes en este mundo postestadunidense. Entre más apreciamos las diferencias entre las visiones globales de Estados Unidos, Europa y China, más veremos las apuestas planetarias del nuevo tablero global [siendo] la nueva realidad de los asuntos mundiales [aquella en que] no hay un camino para ganar aliados e influir en los países, sino tres: la coalición estadounidense, el consenso europeo y la consulta al estilo chino. El mercado geopolítico decidirá cual encabezará el siglo XXI (Khanna, 2008: 2 y 6).

Khanna postula la existencia de un “mercado geopolítico” nuevo, de un “segundo mundo” compuesto de países emergentes en el que los “tres grandes” tendrán que luchar por asegurar sus mercados. Los diversos actores, sin excepción, persiguen la máxima de Adam Smith en *The Theory of Moral Sentiments*, que es la de mejorar sus condiciones de vida; además, Khanna también alude aquí a la diferencia entre el “equilibrio simple” y “múltiple” entre potencias, así como a la prevalencia del primero sobre el segundo, lo cual fue estandarte del realismo clásico durante la bipolaridad.

En este sentido, me parece que el análisis de Khanna nos conduce, junto con Nye, a la necesidad de realizar un análisis cuidadoso del verdadero alcance al que puede llegar la pérdida de poder absoluto de Washington en el mundo global de hoy, tanto frente a sus aliados (la UE) como frente a sus rivales más visibles (China). Todo lo cual nos lleva a los postulados de Layne, de Ikenberry, de Keohane y hasta del propio Nye, cuando argumentan acerca de un hecho histórico de trascendencia.

Se trata de que la pérdida o ganancia de poder relativo y absoluto desde la caída final del imperio británico y el surgimiento de la hegemonía estadounidense como potencia bipolar (guerra fría) y unipolar (caída soviética, disolución de su área natural de influencia en los noventa y fin de la guerra fría) tiene una característica paradigmática que la conecta identitariamente —como se anunció antes— con el orden democrático propio de la tradición política liberal, que es ciertamente el orden democrático por excelencia.²⁹

Coincido en que la hegemonía estadounidense se da en el contexto de una relación vinculante directa con el orden democrático liberal al que se deben Washington y también Berlín, París y Londres, todo lo cual no ocurre con China o la Federación Rusa, e incluso India y Brasil, países que en el terreno de sus alianzas internacionales (vínculos con el extremismo iraní) o en el del respeto a los derechos humanos y de las minorías, no puede rendir cuentas saludables, todo lo cual no les permite ofrecer las credenciales políticas que les permita tener la legitimidad estatal para saltar al escenario de la gobernanza global con la autoridad moral necesaria (Castañeda, 2010). Esta realidad los descalifica para encabezar una transición transformadora del orden global que seguirá basándose en los cimientos liberales que le han dado vida desde la posguerra hasta la actual etapa de la modernidad mundial. En este sentido, es necesario establecer una pauta central en el análisis de esta última parte del capítulo. La hegemonía estadounidense es parte central de un acontecimiento histórico. Se trata, como lo señala Ikenberry, de reconocer un hecho:

La historia del triunfo, continuidad y consolidación del orden de posguerra encabezado por Estados Unidos. En retrospectiva, es claro que Estados Unidos y sus aliados han creado un orden político profundamente enraizado, armónico e históricamente único, a la sombra de la guerra fría. Este orden interno se expandió y profundizó durante los noventa y en el nuevo siglo. Sus consignas fueron globalización, integración, democratización y la expansión del orden internacional liberal (Ikenberry, 2011: 223).

El actor hegemónico benevolente en picada, equilibrio de poder en crisis y los BRICS en ascenso, ¿tres mitos geniales?

Esto es por un lado, la visión hegemónica tradicional y realista que intenta reconciliarse con la idea del actor hegemónico benigno o benevolente que reivindica Layne, todo lo cual guarda cierta congruencia si atendemos a la existencia de lo que Zakaria (2007; 1997) llama democracia iliberal. El parámetro democrático es el hilo conductor de la idea muy dominante de que sólo democracias plenamente representativas, como se argumentó, aspirarían a convertirse en guías de un proceso de reconstitución de los arreglos de las instituciones y del orden internacionales, con miras a lograr una mejora sustantiva en los mismos. A pesar de que el sistema político en Estados Unidos sufre de inconsistencias importantes, aunque no de una

²⁹ Véase, en este mismo volumen, David Mena Alemán, “Quebrantar a la mayoría o La estructura institucional de la suboptimalidad política de Estados Unidos”.

ineficiencia sistémica terminal (como algunos casos de “democracias liberales”, como la rusa o la india, que padecen de sistemas políticos disfuncionales) (Zakaria, 2007),³⁰ no podemos negar que Washington y sus aliados de las viejas democracias europeas siguen demostrando capacidad y legitimidad en su funcionamiento hacia la consecución de fines que —allende la concreción de los cambios radicales que exige el sistema global— armonicen los caminos hacia la resolución de conflictos y sumen el logro de arreglos, si bien aún insatisfactorios, sí relativamente viables para dar solución a los grandes problemas estructurales de la gobernanza global. ¿O podemos imaginarnos al PC chino, al PT brasileño, al multipartidismo ruso o a sus propios sistemas de gobierno como referencias y puntas de lanza de la gobernanza global? Por ejemplo, ¿coadyuvando a la fundación de nuevos FMI, BM o una nueva ONU que basen su funcionamiento en su identificación con un sistema político y económico abierto y competitivo y con un carácter “más” incluyente que el demostrado en forma ciertamente insuficiente por Estados Unidos y sus aliados? No obstante esta crisis de confrontación de valores, es posible sostener (como intento probar en estas líneas) que, en la actualidad, la suya es una crisis político-ideológica que bien puede hacer que este papel desempeñado por Estados Unidos como actor solitario desde 1945 se vea relativamente menguado y Washington inhabilitado, o al menos disminuido (en espíritu y prestigio), pero no del todo cancelado, toda vez que las variables de sustentabilidad dan crédito a la propuesta de los antideclinistas de que Estados Unidos tiene por delante años de recuperación y de gestión global dominante.³¹

³⁰ En este punto sostengo que la precondition democrática radica en que la sociedad y el Estado a la par estén preparados para los cambios fundamentales dentro del sistema político y del desarrollo económico. En el caso ruso ya mencionado, se adolece de una institucionalidad democrática que detenga los instintos autocráticos de sus políticos, que hace 23 años gobiernan en forma autoritaria y sin sometimiento alguno al sistema de “checks and balances” que caracteriza a las democracias occidentales; algo similar, aunque peor, ocurre en India, en donde un pequeño grupo de elites dominan los partidos y los grupos de interés, el conflicto interreligioso tiene invadida la esfera de decisiones estatales y presenta además indicadores sumamente pobres en las áreas de corrupción a los más altos niveles, abusos en contra de las mujeres, pobreza urbana, pero sobre todo rural, así como el abandono del sistema de salud, de educación y de seguridad colectiva (véanse Swain, 2007; Traub, 2013).

³¹ Una idea al respecto nos la da la información dura sobre inversión en bienes globales que ofrece el Banco Mundial. La inversión en salud, educación, defensa y ciencia y tecnología, respectivamente, como porcentaje del PIB es, salud: Estados Unidos: 16.2, Brasil: 9, Rusia: 5.4, India: 4.2, China: 4.6. Educación: Estados Unidos: 7.6, Brasil: 5.2, Rusia: 7.4, India: 3.3, China: 3.3. Defensa: Estados Unidos: 4.7, Brasil: 1.6, Rusia: 4.4, India: 2.7, China: 2.0. Ciencia y tecnología: Estados Unidos: 2.72, Brasil: 1.1, Rusia: 1.12, India: 0.8, China: 1.44. Abonados a Internet (por cada cien personas), Estados Unidos: 27.78, Brasil: 7.52, Rusia: 9.09, India: 0.67, China: 7.78. Usuarios de Internet (por cada 100 personas), Estados Unidos: 78.1, Brasil: 39.3, Rusia: 42.1, India: 5.3, China: 28.8. (Banco Mundial, 2009-2010). Teléfonos celulares (por cada 100 personas), Estados Unidos: 97, Brasil: 90, Rusia: 162, India: 45, China: 56. Carreteras pavimentadas (porcentaje del total de carreteras), Estados Unidos: 65, Brasil: N/A, Rusia: 80, India: 48, China: 50. Líneas férreas (total de rutas por kilómetros), Estados Unidos: 226 205, Brasil: 29 817, Rusia: 85 194, India: 63 273, China: 65 491. Servidores de Internet seguros (por cada millón de personas), Estados Unidos: 1 446, Brasil: 41, Rusia: 20, India: 2, China: 2. Transporte aéreo (partidas de vuelo en todo el mundo de compañías registradas), Estados Unidos: 9 182 363, Brasil: 752 225, Rusia: 475 261, India: 601 977, China: 2 140 124.

Tenemos, pues, que, ante el actor hegemónico cansado y con una clase política con malsanos instintos autodestructivos, se encuentra el mito de los BRICS como competidores potenciales capaces de quitarle a Estados Unidos y a sus aliados la estafeta del control sobre los asuntos globales. Si bien se acepta que la historia de las grandes potencias no ha estado necesariamente ligada al sistema democrático, en el orden global de hoy se coincide en la necesidad de colocar en el centro de su funcionamiento problemas como el de la equidad, el medio ambiente y el estado de su condición democrática, principalmente en lo que se refiere al tema de los derechos humanos y las libertades dentro y fuera de los respectivos países. Castañeda lo plantea así:

Brasil, China, India y [Sudáfrica] son no solamente débiles partidarios de la noción de que un régimen internacional fuerte debería gobernar los temas de derechos humanos, la democracia, la no proliferación, la liberalización comercial, el medio ambiente, la justicia criminal internacional y la salud mundial. Se oponen a esto más o menos explícitamente y más o menos activamente —aún cuando en algún momento la mayoría compartieron la lucha por estos valores: India peleó por su independencia de Gran Bretaña, [Sudáfrica] peleó contra el *apartheid*, y el presidente brasileño, Luiz Inácio Lula da Silva (conocido como “Lula”) se opuso a la dictadura militar en Brasil (Castañeda, 2010).

Los BRICS y el conjunto de países “emergentes” que junto, frente o enseguida de este bloque se caracterizan por tener planteamientos comunes y que impulsan en diversos foros, también responden a sinergias que en muchos casos son inerciales. Amrita Narlikar (2013: 561-576) los explica de la siguiente manera: “los poderes emergentes son definidos como aquellos Estados que se han establecido como jugadores con poder de veto en el sistema internacional, pero que aún no llegan a hacerse de una agenda definida de poder”.

Narlikar aclara que el *veto player* no necesariamente se iguala a la posesión del veto formal en manos del poder emergente. Al contrario, en realidad el concepto tal y como aquí se usa, proviene de George Tsebelis, quien define a los *veto players* en política interna como actores cuyo acuerdo es requerido para realizar cambios en el statu quo. Traducido al contexto internacional, esto se refiere a estados sin cuyo apoyo cualquier acuerdo potencial no tendría sentido. Por otro lado, ante la posibilidad de que las economías de los BRICS pudieran rebasar individual y colectivamente a los poderes industriales reconocidos además como democracias con poder global, es hoy ya un hecho, aunque rebatido por algunos, que se anuncia el decrecimiento en las economías de Brasil, India, Rusia y China, así como el fin del apogeo de crecimiento sostenido de las economías emergentes y otras del “segundo mundo” que han caracterizado décadas desde los sesenta hasta la liberalización que acompañó al consenso de Washington (Narlikar, 2013: 561-576 y 562).

No obstante, así como Castañeda no les otorga legítimas credenciales democráticas para el liderazgo global, no es claro que entre ellos haya un sentido de cohesión que permita pensar en un bloque compacto suficientemente competitivo frente a los poderes de Occidente. De Rusia a China, pasando por Brasil, India

o Sudáfrica, los BRICS tienen todo menos una clara identificación respecto de un proyecto de poder global como sí fue el caso de los aliados encabezados por Washington en la segunda posguerra. Existe entre ellos una clara asimetría idiosincrática y estructural que es visible. Narlikar lo indica así:

Los poderes emergentes con frecuencia se presentan a sí mismos como aliados, habiendo adoptado la sigla de BRICS para reuniones de alto nivel y también una variedad de otras coaliciones, como IBSA (India, Brasil y [Sudáfrica]) en relación con varias áreas temáticas [...] y BASIC (Brasil, África del Sur, India y China) en cambio climático. Al mismo tiempo, las relaciones de los poderes emergentes entre sí están permeadas por cooperación y competencia (2013: 561-576).³²

Así como se presenta entre ellos una identificación variable y cambiante respecto de temas en los que incluso compiten (energía, medio ambiente, subsidios, etc.), los BRICS se enfrentan a una realidad de decrecimiento que frenará su ascenso en cualquier momento y los hará alejarse de la expectativa generalizada que les daba carácter de potencias competitivas hacia 2025 o mediados de siglo. De acuerdo con Ruchir Sharma:

Se decía que el mundo atestiguaba un cambio ocurrido una sola vez, en el cual los principales jugadores en el mundo en desarrollo estaban alcanzando o incluso rebasando a sus contrapartes del mundo desarrollado. Estas predicciones típicamente tomaron los altos índices de crecimiento desde mediados de la década pasada y los extendieron directamente hacia el futuro, yuxtaponiéndolos en contra del lento crecimiento en Estados Unidos y otros países industriales avanzados. Tales ejercicios supuestamente probaban, por ejemplo, que China estaba a punto de rebasar a Estados Unidos como la economía más grande del mundo [...]. Tal y como proyecciones previas de tendencias económicas lo sugerían; sin embargo —como las predicciones de los ochenta que hablaban de que Japón pronto sería el número uno económicamente—, datos recientes están lanzando agua fría sobre las extravagantes predicciones. Con la economía mundial yendo hacia su peor año desde 2009, el crecimiento chino está deteniéndose agudamente, de los dobles dígitos a siete por ciento o incluso menos, y el resto de los BRICS está cayendo también: desde 2008, el crecimiento anual de Brasil cayó del 4.5 por ciento al 3.5 por ciento, y el de India, del 9 por ciento al 6 por ciento. Nada de esto debería ser sorpresa, porque es difícil sostener un rápido crecimiento por más de una década (Sharma, 2012: 2).

Hegemonía en peligro. ¿Poder inteligente o poder duro?

En el siguiente apartado me concretaré a debatir acerca de algunas consideraciones que refieren a las perspectivas de preeminencia de Estados Unidos como poder global. Destacan algunos ángulos: ¿presenciamos el paso de un orden unipolar a otro multipolar? ¿Esto conduce a pensar que el ejercicio de la hegemonía que devenía de

³² Narlikar opta por quedarse con los BRICS, aduciendo que Rusia es tanto un poder ordinario producto del antiguo orden como uno nuevo y, por tanto, inequívoco con sus otros tres "pares". Los BRICS fueron originalmente bautizados así por Jim O'Neill de Goldman Sachs (O'Neill, 2001: 30).

la unipolaridad se invierte por un descenso de esta hegemonía clásica de guerra fría; y entonces vamos en camino a la multipolaridad, que para los realistas representa el riesgo de acercarse a la anarquía ante la ausencia de un actor racional unificado que congrege consensos y apoyos mayoritarios de la comunidad de naciones? Por lo tanto, ¿nos encaminamos hacia la preeminencia del multilateralismo frente al unilateralismo? Si este escenario es pensable, ¿Estados Unidos ha dejado de ser un “poder benevolente” para convertirse en un *poder ennoblecido* ante el riesgo de decadencia?³³ ¿Tal precariedad nos sitúa ante la necesidad de que el orden global conduzca a un equilibrio que Layne llama *offshore balance* (“equilibrio desde las orillas”)? (Layne, 2006: 9).³⁴ Y, por último, cabe preguntarse si estos elementos, presentes en el debate teórico y práctico de los internacionalistas, han sido enrarecidos y probablemente anulados por una pugna que, como ya argumentamos, proviene en gran medida del rupturismo político ocasionado por el ascenso de Obama.

Sostengo que sí es así y que los muchos temas de política exterior pendientes por aprehender han quedado inscritos en el muy polarizado debate interno desde entonces. En este proceso, y ante la impasible impostura de los sectores extremistas del PR³⁵ y del establecimiento político-económico más retrógrado, así como de los intereses especiales que estos sectores representan, se ha sufrido una confusión y una regresión que desafía al llamado “Centro Racional”: cómo lograr entender las nuevas claves del cambiante poder global, al tiempo que intenta liberarse de la combustión ideológica (de la que en todo momento Obama ha procurado desmarcarse) y que ha atrapado la política exterior no permitiéndole moverse con libertad frente a los nuevos tiempos y problemas que Washington tiene que capotear. Este último factor puede explicar cómo las condiciones internas de la política exterior, como argumenta Haass (2013), cuando el desacuerdo se lleva a los extremos ha conducido a Washington a una pérdida significativa de su carisma internacional. También lo ha despojado de legitimidad en lo que a su discurso mesiánico, cuasi religioso y reivindicatorio de sus credenciales como potencia unipolar se refiere, cuando defiende su derecho al liderazgo en tales términos.

En 1985, Aaron Wildavsky se refirió a Estados Unidos en los siguientes términos:

Por su misma existencia, ya sea que lo deseara o no [...] Estados Unidos es y debe permanecer como el escudo de Occidente [...] es el único poder en el mundo capaz de resistir a la Unión Soviética. El pecado de Estados Unidos es *que existe*; por ello, amenaza el principio vital de la norma soviética: ningún centro independiente de poder. En tanto exista una alternativa en el mundo [Estados Unidos], el sistema soviético no podrá terminar de consolidar su norma, tanto dentro como fuera de la URSS (Wildavsky, 1985: 117).

³³ Elaboración conceptual propia.

³⁴ Cuando me refiero a “poder benevolente”, hablo del Estados Unidos de posguerra, que allende sus afanes de dominación e intervencionismo global tuvo algunos destellos virtuosos que, en todo caso, reorganizaron las bases para lograr estándares de gobernabilidad global más asequibles y todavía hoy de alto impacto para el sistema internacional.

³⁵ El potencial desmembramiento al que se expone el PR por esta polarización es motivo de preocupación incluso para personajes e instituciones notables pertenecientes al bando del conservadurismo histórico, tales como John Podhoretz y la revista *Commentary* (Medved y Podhoretz, 2013).

Sin duda, una reseña típica de tiempos de la guerra fría, no obstante, cabe decir que, como parte del debate sobre la benevolencia (unipolarista, agregaría) de Estados Unidos en política exterior, se mantiene una disputa acerca de la nueva realidad macropolítica del mundo, en especial en lo que se refiere a la idea del “pivote”, propuesta por el geopolítico inglés Halford J. Mackinder ante la Royal Geographical Society en enero de 1904, en un documento titulado “El pivote geográfico de la historia” (1969), luego distorsionada en Estados Unidos como la “American Heartland”. Dentro de este marco de “lucha contextual por la existencia, con los más fuertes sobreviviendo” —como decía Neuman (1942: 148)— es un imponderable del debate, sobre todo para definir el nuevo contorno geoestratégico del mundo, aceptar que este término estratégico resitúa de manera peculiar en el centro de la discusión sobre el proceso global a los territorios asiáticos. En particular su centro (“Heartland”), como el área geopolítica clave en el mundo contemporáneo. Esta área pivote (u originalmente “Heartland”), antes de que los estadounidenses se apropiaran del término, era considerablemente más grande a principios del siglo xx e incluía sobre todo a la parte este de Europa (Parker, 1985: 33-34 y 186, 188). Al mismo tiempo, el “Heartland” estaba rodeado por lo que se denominaba el “Rimland”, es decir, China del Norte, India y parte del mundo árabe.³⁶ Aunque parezca lejano en el tiempo parece seguir provocando suspicacias la posibilidad de repetir esta distribución de poder y de la consecuente redefinición geopolítica. ¿Es así en los tiempos actuales?, ¿la posición de China, de India y la Federación Rusa hoy nos puede llevar de regreso al siglo xx tal y como lo explicaba la geopolítica de entonces? Lo más probable es que esto no ocurra. Como sostiene Layne:

Los académicos en pro de la supremacía [de Estados Unidos] sostienen que las capacidades de poder duro de Estados Unidos son tan abrumadoras que otros estados no pueden realísticamente esperar lograr un equilibrio en contra de Estados Unidos ni tampoco tienen razón porque la hegemonía de Estados Unidos es benevolente. Tal y como lo hacen sus contrapartes hacedores de política, ellos creen que la hegemonía hace avanzar los intereses estadounidenses y que Estados Unidos puede mantener su preeminencia en forma profunda en el curso del siglo [...] el argumento del hegemon benevolente reconoce que hay circunstancias en las cuales otros estados pueden llegar a temer a Estados Unidos y buscar contrarrestarlo. Que los otros actores acepten o se opongan a la hegemonía de Estados Unidos depende, por lo tanto, de cómo el ejercicio de poder de Estados Unidos es percibido (Layne, 2006: 7, 16).

Desde que Krauthammer (2009) lanzó su proclama sobre “el momento unipolar” de Estados Unidos, ha habido decenas de análisis sobre el alcance de esta posición

³⁶ Mackinder, interpretado por Parker (1982: 165, 166 y 217), define al “Heartland”, en términos generales, como “la región a la cual, en condiciones modernas, puede negársele acceso al poder del mar [...] hemos llegado a la conclusión de que la Isla-Mundo [el término usado por Mackinder para describir la masa continental conformada por Europa, Asia y África] y el Heartland son las realidades geográficas finales con respecto al poder marítimo y terrestre, y que Europa del Este es esencialmente una parte del Heartland [...]. Rusia fue el primer poseedor del Heartland con un poder humano realmente amenazante. El territorio de la URSS es equivalente al Heartland”.

prominente de Washington después de la guerra fría. En lo general, se ha llegado a aceptar desde el realismo más conspicuo hasta el internacionalismo liberal, que aunque “la teoría de la estabilidad hegemónica ilustra los aspectos benéficos de la preponderancia de Estados Unidos”, esto es usualmente asociado a la teoría de economía política internacional, cuyo principal reclamo es que para que el sistema económico internacional funcione necesita un poder dominante que implemente las siguientes tareas clave: reserva de divisas estable, liquidez internacional, funcionar como un mercado de último recurso, y diseñar y hacer cumplir las normas que gobiernan el sistema político y económico internacional (Layne, 2006: 17).

Es manifiesta la tendencia a apoyar y defender las garantías de estabilidad que la existencia del poder hegemónico ofrece al sistema internacional para hacer posible la salvaguarda de los bienes públicos globales, incluido el tema de la seguridad por la vía del control militar. De acuerdo con estas variantes de la teoría de la estabilidad hegemónica:

Otros estados cooperarán con un hegemón benigno porque se benefician estratégica y económicamente. Por estas razones, tal y como lo plantea John Ikenberry, seguirle la corriente al hegemón “es una opción atractiva cuando el Estado líder es un poder maduro del *statu quo* que persigue una amplia estrategia (‘Grand Strategy’) moderada y de acomodo” (Layne, 2006: 17).

Samuel Huntington (citado en Brooks y Wohlforth, 2002: 21) se refería al momento unipolar como un sistema con “un superpoder, sin muchos grandes poderes y con muchos poderes menores”. Esto ocurre, desde luego ahora, toda vez que las variables hegemónicas más importantes, como ya se vio, favorecen a Washington; sin embargo, esto ocurre sin que los factores de armonía pensados entonces persistan o puedan siquiera vislumbrarse en el futuro horizonte de las relaciones internacionales, sobre todo después de 2001. Si bien es aceptable la idea de que estamos lejos de presenciar que otros Estados rebasen el liderazgo tecnológico y militar de Estados Unidos, justamente aquí surge la necesidad de emprender el análisis concluyente sobre el preámbulo doméstico que está detrás de estas limitaciones relativas de la hegemonía estadounidense.

Pasemos ahora a desarrollar el punto de que la viabilidad del declive de Estados Unidos se pueda concretar en el presente a la luz de los diversos conflictos que enfrenta Washington en su interior y en su frente externo, toda vez que el proceso de securitización, desde la Patriot Act, hasta el espionaje revelado por Edward Snowden en 2013, ha repercutido en sus alianzas estratégicas, su prestigio mundial fracturando aún más sus márgenes de maniobra para sobrellevar sus crisis endógenas y exógenas. Se trata de evaluar tres cosas: 1) si Estados Unidos sigue o seguirá siendo potencia mundial, ejerciendo cuotas de poder determinantes en asuntos claves del orden global; 2) si podrán los llamados “países emergentes” cohesionar un frente que defina e influya en la agenda global, más allá del veto parcial o las alianzas coyunturales que puedan realizar entre ellos y 3) cuál de estos factores (o quizás ambos) será más eficiente, si fuera pensable, en los derroteros de la gobernanza global.

Conclusiones. La *nación elegida* y el mundo: ¿fin del excepcionalismo como forma de vida? “El país es nuestro”

Nunca puedes planear el futuro
a través del pasado.
EDMUND BURKE

It is a poor sort of memory
which only works backwards.
LEWIS CARROLL

Si bien aún está por definirse el grado de éxito que la política inteligente de Obama tendrá, avizoramos —a la luz de las tendencias y escuelas sintetizadas en líneas precedentes— varias cosas. El hegemonismo benevolente de Estados Unidos es viable, en efecto, incluso en el contexto de una situación de crisis interna como la descrita y como parte de un fin de era según lo señala Walt (2011); sin embargo, si esto ocurriera en el marco del multipolarismo —“profiláctico”, diría Layne (2006)— la opción de su estrategia internacional no podría seguir siendo el excepcionalismo hegemónico que profesa en el discurso el sector más conservador (y “pivotista”) del establecimiento político estadounidense. Ni siquiera sería —si lo quisiera— la opción del propio Obama, que hoy más que nunca se encuentra en una situación delicada por no haber sido capaz de administrar las acciones de espionaje de la Agencia de Seguridad Nacional (NSA, por sus siglas en inglés) y que se originaron en tiempos anteriores al 11-s según testimonios de exagentes de la CIA, todo lo cual ha generado (una nueva) tensión y provocado importantes fisuras en las alianzas de Washington, principalmente con Europa.³⁷ En este sentido, no queda claro aún cómo podría ser que Estados Unidos se pudiera convertir, como dice Layne, en un “hegemón democrático” dadas las tensiones endógenas que enfrenta Washington en el seno del poder.

Por ahora, lo que sí tenemos a la vista es que los republicanos seguirán insistiendo en esa machacona frase de campaña, *we built it*, nosotros lo construimos. O sea, lo que quieren decirle al resto: el país —y lo que se pueda del mundo también— es de nosotros y “los demás”, empezando por Obama, *no pertenecen* a este territorio. Según este discurso, la “otredad” se sitúa más allá del *sí mismo*. El ser republicano (o sea, ser *americano* a la Melville) es totalizador, es la apropiación del americanismo, del ser americano a la más vieja usanza de los tiempos en que el mesianismo y el excepcionalismo (“la ciudad sobre la colina”, a la Winthrop)³⁸

³⁷ Sin ser tema central de este capítulo, diría que aún está por verse hasta qué grado el Partido Demócrata y el propio presidente Obama tienen verdadero control sobre la NSA, que en lo que se refiere a sus actividades específicas de inteligencia tiene ya tiempo respondiendo a la estrategia implantada por el gobierno de George W. Bush. Históricamente, agencias como la NSA, la CIA o el FBI responden a inercias burocráticas propias, gozando de una autonomía ciertamente impresionante (Valdés-Ugalde, 2013b).

³⁸ Incluso Walt lo reivindica en estos tiempos, cuando argumenta a favor de aceptar las oportunidades que presenta el fin de la era estadounidense: “it is time to devote more attention to that ‘shining city on a hill’ of which our leaders often speak, but which still remains to be built” (2011: 16).

dominaban las políticas públicas en Estados Unidos: el muy exaltado discurso sobre la nueva comunidad imaginaria que se han inventado los republicanos (erigidos en la representación última y multiperfecta del *americanismo*) los transforma en el “pueblo escogido” y convierte, así, en prescindibles a “esos otros” que están fuera del círculo dorado de pertenencia cuasi sagrada a la comunidad nacional. Así de alucinante y excluyente ha sonado su discurso desde Tampa, Florida, cuando se efectuó la convención republicana de 2012 que proclamó a Mitt Romney como su abanderado presidencial. Presenciamos entonces un ramillete de discursos (que se repiten en el Congreso estadounidense actual) más semejantes a sermones de púlpito, a través de los cuales (desinformación incluida) surca un rancio nacionalismo aderezado de discriminación e intolerancia de parte de una derecha brutal y primitiva, predemocrática diríase.

Finalmente, ha ocurrido lo que ya veíamos desde las elecciones intermedias cuando el Tea Party hizo su aparición estelar en política: el Partido Republicano se está dejando llevar río abajo por la corriente más ultra que el conservadurismo estadounidense haya producido. Esto muy a pesar de que el PR no logró resultados óptimos al perder ante Obama, origen de su visible ira política. Se le cedió fatalmente a esta fuerza la capitania de la política estratégica local y global —que vendría en bipartidismo fracturado—, a los *neoneanderthales* republicanos que por fin acabaron secuestrando a su partido y santificando la agenda partidista más reaccionaria de la historia política de Estados Unidos. Si acaso la apuesta por la pérdida de popularidad de Obama es la carta más significativa en la que descansa esta reacción, esto no significará una garantía en el corto plazo de que apostar toda la casa por el voto de la “América profunda” vaya a ser ganancia neta y tampoco signifique un riesgo muy alto para el PR y la nación entera como ya se empieza a ver en las pérdidas electorales recientes que ha sufrido partir de 2013. El senador Barry Goldwater lo intentó así en 1964 contra Lyndon B. Johnson y falló, y Ronald Reagan (un *neocon* moderado al lado de los actuales ultras) ganó la apuesta con más tino y estilo contra Jimmy Carter en 1980.

El Estados Unidos actual, no obstante, no es el mismo que el del siglo xvii o el de los años sesenta u ochenta del siglo xx. Estamos ante un presidente que, si bien no ha tenido el éxito esperado en economía y otros frentes como el exterior, lo cual está pagando con la baja de su popularidad, se ve favorecido aún por el bono demográfico y cierta racionalidad calculada en sus acciones. En circunstancias como las actuales y ante la radicalización del discurso de los *neoneanderthales*, el PR podría haber perdido su espacio al interior del centro político (que Obama ha conservado hábilmente) y en consecuencia estar condenado a la pérdida de influencia y control racional sobre decisiones fundamentales, desde el Congreso hasta los gobiernos y congresos estatales. Estados Unidos se enfrenta, en el límite mismo de la contradicción y el agotamiento sistémico de su proceso político-electoral, ante el espectro del retroceso o del avance. Veremos qué pesará más, si el discurso de la república apocalíptica que parece condenar más que favorecer al PR o el de la modernización “hacia adelante” que con muchas dificultades y lentitud ha podido hacer prosperar Barack Obama en tiempos de enormes dificultades económicas, y políticas locales y globales.

Mesianismo aparte, en el fondo estamos ante la reivindicación de posturas mucho más cercanas del “pivotismo” hegemónico de principios de siglo xx que reivindican el “derecho” de Washington a dominar el mundo, incluso a costa de su sobrevivencia como una república económica estable y políticamente equilibrada. Considero que el posicionamiento excepcionalista estadounidense originario —tan bien descrito por Tocqueville— que tenía sustentabilidad teórica y empírica, y le hacía justicia al poder creciente de Washington en la esfera global, ya no corresponde con la situación del siglo xxi. Es, en todo caso, parte de un radicalismo ideológico y principista que resulta de la descompostura política y carece de racionalidad estratégica alguna. Layne se pregunta: “¿cuánto tiempo es pensable que la hegemonía estadounidense dure?” (2006: 9). Este análisis nos lleva a concluir que la respuesta sobre la continuidad de la preeminencia de Washington queda, por el momento, bajo reserva.

No obstante, puede haber salidas inesperadas en el futuro cercano, de ser Washington capaz de arreglar la casa y reconciliarse con las condiciones objetivas que lo dimensionan en el presente como una potencia en transición. Richard Haass lo plantea así:

La amenaza más grande a la seguridad y prosperidad de Estados Unidos viene no de afuera sino de adentro. Estados Unidos ha dañado su habilidad para actuar efectivamente en el mundo por el desbocado gasto interno, subinversión en capital humano y físico, una evitable crisis financiera, una recuperación innecesariamente lenta, una guerra en Irak que fue defectuosa desde el principio, y una guerra en Afganistán que se volvió fallida en tanto que su propósito involucró déficits fiscales recurrentes y fuertes divisiones internas. Para que Estados Unidos pueda actuar con éxito en el exterior, tiene que restaurar las bases económicas de su poder. La política exterior necesita comenzar en casa, ahora y en el futuro previsible (Haass, 2013: Location 91 of 3337, 2%, versión kindle).

Quizá la propuesta de Walt sea la que mejor sirva para deliberar sobre este momento en que el maximalismo hegemónico de Estados Unidos (benevolente o no) ya no se corresponde con los nuevos y reveladores actores y elementos que concursan en el actual orden global, y ante los cuales tendrá que prepararse para poder evitar su caída. Superar la polarización política, además de dar oportunidad a que la política inteligente opere, supondrá el gran nuevo momento desde el que Washington se atreva a hacer “ajustes inteligentes [...] y ver el fin de la era estadounidense [...] como una oportunidad para volver a equilibrar sus agobios internacionales y enfocarse en [sus] imperativos internos” (Walt, 2011: 16). El desafío para Obama es majestuoso. Se trata de un presidente que, aunque se lo nieguen los ecos reaccionarios de alta intensidad, es actor político de su tiempo y ha actuado en consecuencia o como plantea Nye:

Las habilidades políticas son fundamentales para un liderazgo efectivo, pero son más complejas de lo que parecen. La política puede presentar una variedad de formas. Intimidación, manipulación y negociación están relacionadas con el poder duro, pero la política también incluye inspiración, negociación sobre acuerdos benéficos nuevos y el desarrollo de redes de confianza típicas del poder suave (Nye, 2008: 80).

Basado en las evidencias que nos ofrecen las estadísticas y los argumentos ofrecidos en este capítulo, y parafraseando a Zakaria, correspondería más bien que pensáramos en que el proceso que sufre el orden mundial, cuyos derroteros estamos viendo ya, aunque no en forma definitiva o acabada, nos conduzca más bien hacia un mundo poshegemónico con posicionamientos relativamente pluridominantes y semihegemónicos por parte de algunos actores —también, pero no tan— dominantes del sistema internacional. Y no necesariamente hacia un orden “postestadunidense”.

La lectura que se haga de lo anterior en los años venideros, desde el interior mismo del muy dañado establecimiento político de Washington y particularmente entre los sectores extremistas ya señalados que han degradado la calidad del debate político, será determinante para evaluar la compostura con la que se actúe internamente y, en consecuencia, en cómo se elabore la estrategia de política exterior que vive atrapada entre las fuerzas centrífugas del pasado y del presente. Un nuevo momento político requiere ser inaugurado en Estados Unidos. El tema pendiente aquí es que, a fin de prepararse para un escenario de reparación moral y política, tendrá que prevalecer la madurez política en Estados Unidos y superar la crisis de gobernanza que enfrenta su democracia. Sólo de esta forma se podrá acaso pensar en que una política exterior de nuevo siglo inaugure, a la vez, el proceso de recuperación de Washington en la esfera global.

Fuentes

AUGELLI, ENRICO y CRAIG MURPHY

1988 *America's Quest for Supremacy and the Third World: A Gramscian Analysis*. Londres: Pinter.

BROOKS, STEPHEN G. y WILLIAM C. WOHLFORTH

2002 "American Primacy in Perspective", *Foreign Affairs* 81, no. 4 (julio-agosto): 20-33.

BRZEZINSKI, ZBIGNIEW

2004 *The Choice. Global Domination or Global Leadership*. Nueva York: Basic Books.

CASTAÑEDA, JORGE G.

2010 "Not Ready for Prime Time", *Foreign Policy* 89, no. 5 (septiembre-octubre), en <<http://www.foreignaffairs.com/articles/66577/jorge-g-castaneda/not-ready-for-prime-time>>.

CLARKE, JONATHAN y STEFAN A. HALPER

2007 *The Silence of the Rational Center*. Nueva York: Basic Books.

CORN, DAVID

2012 "Watch: Full Secret Video of Private Romney Fundraiser", *Mother Jones*, 18 de septiembre, en <<http://www.motherjones.com/politics/2012/09/watch-full-secret-video-private-romney-fundraiser>>.

FUENTES MARES, JOSÉ

1980 *Génesis del expansionismo americano*. México: El Colegio de México.

GANJI, AKBAR

2013 "Who Is Ali Khamenei?", *Foreign Affairs* 92, no. 5 (septiembre-octubre): 24-48.

HAASS, RICHARD

2013 *Foreign Policy Begins at Home. The Case of Putting America's House in Order*. Nueva York: Basic Books.

HALLIDAY, FRED

2002 *Two Hours that Shook the World*. Londres: Saqi Books.

HILL, FIONA

2013 "Putin Scores on Syria", *Foreign Affairs*, 11 de septiembre, en <<http://www.foreignaffairs.com/articles/139905/fiona-hill/putin-scores-on-syria>>.

HUNT, MICHAEL H.

2009 *Ideology and US Foreign Policy*. Londres: Yale University Press.

IKENBERRY, JOHN G.

2011 *Liberal Leviathan. The Origins, Crisis and Transformations of the American World Order*. Princeton: Princeton University Press.

1998-1999 "Institutions, Strategic Restraint, and the Persistence of Postwar Order", *International Security* 23, no. 3 (invierno): 43-78.

JUDT, TONY

2010 *Algo va mal*. México: Santillana.

JUDT, TONY y TIMOTHY SNYDER

2012 *Thinking the Twentieth Century*. Nueva York: The Penguin Press.

KAGAN, ROBERT

2012 "Not Fade Away. The Myth of American Decline", *The New Republic*, 11 de enero, en <<http://www.newrepublic.com/article/politics/magazine/99521/america-world-power-declinism>>.

KHANNA, PARAG

2008 "Waving Goodbye to Hegemony", *The New York Times*, 27 de enero, en <<http://www.nytimes.com/2008/01/27/magazine/27world-t.html?pagewanted=all>>.

KISSINGER, HENRY

2011 *On China*. Londres: Penguin Books.

KOMINE, YUKINORY

2008 *Secrecy in United States Foreign Policy. Nixon, Kissinger and the Reapprochement with China*. Aldershote, Hampshire: Ashgate.

KRUGMAN, PAUL

2012 "Disdain for Workers", *The New York Times*, 20 de septiembre, en <<http://www.nytimes.com/2012/09/21/opinion/krugman-disdain-for-workers.html>>.

2009 "How Did Economists Get It So Wrong?", *The New York Times Magazine*, 6 de septiembre, en <<http://www.nytimes.com/2009/09/06/magazine/06Economic-t.html?pagewanted=all>>.

LAYNE, CHRISTOPHER

2006 "The Unipolar Illusion Revisited. The Coming End of the United States' Unipolar Moment", *International Security* 31, no. 2 (otoño): 7-41.

MACKINDER, HALFORD J.

1969 *The Scope and Methods of Geography and The Geographical Pivot of History*. Londres: The Royal Geographic Society.

MASTANDUNO, MICHAEL

1997 "Preserving the Unipolar Moment: Realist Theories and U.S. Grand Strategy", *International Security* 21, no. 4 (primavera): 49-88.

MEDVED, MICHAEL y JOHN PODHORETZ

2013 "A GOP Civil War: Who Benefits?" *Commentary* (diciembre), en <<http://www.commentarymagazine.com/article/a-gop-civil-war-who-benefits/>>

MILBANK, DANA

2013 "Republicans See One Remedy for Obama: Impeachment", *The Washington Post*, 3 de diciembre, en <http://www.washingtonpost.com/opinions/dana-milbank-republicans-see-one-remedy-for-obama--impeachment/2013/12/03/e623d61e-5c65-11e3-be07-006c776266ed_story.html>.

NARLIKAR, AMRITA

2013 "Negotiating the rise of new powers", *International Affairs* 88, no. 3 (mayo): 635-651.

NEUMAN, SIGMUND

1942 "Fashions in Space", *Foreign Affairs*, no. 21, enero, en <<http://www.foreignaffairs.com/articles/70232/sigmund-neumann/fashions-in-space>>.

NYE JR., JOSEPH S.

2011 *The Future of Power*. Nueva York: Public Affairs.

2008 *The Powers to Lead*. Oxford: Oxford University Press.

2004 *Soft Power: The Means to Success in World Politics*. Nueva York: Public Affairs.

2002 *The Paradox of American Power: Why the World's Only Superpower Can't Go It Alone*. Nueva York: Oxford University Press.

1990 *Bound to Lead: The Changing Nature of American Power*. Nueva York: Basic Books.

O'NEILL, JIM

2001 "Building Better Global Economic BRICS", *Goldman Sachs Global Economic Paper* no. 66, noviembre, en <<http://www.goldmansachs.com/our-thinking/archive/archive-pdfs/build-better-brics.pdf>>.

PARKER, GEOFFREY

1985 *Western Geopolitical Thought in the Twentieth Century*. Londres: Croom Helm.

PARKER, WILLIAM H.

1982 *Mackinder: Geography as an Aid to Statecraft*. Oxford: Clarendon Press.

PAZ, OCTAVIO

1985 *One Earth, Four or Five Worlds: Reflections on Contemporary History*. Londres: Carcanet Press.

PERLSTEIN, RICK

2013 “The Grand Old Tea Party. Why Today’s Wacko Birds Are Just Like Yesterday’s Wingnuts”, *The Nation* 297, no. 1, 25 de noviembre, en <<http://www.thenation.com/article/177018/grand-old-tea-party>>.

PUTIN, VLADIMIR

2013 “A Plea for Caution from Russia”, *The New York Times*, 11 de septiembre, en <http://www.nytimes.com/2013/09/12/opinion/putin-plea-for-caution-from-russia-on-syria.html?_r=0>.

REICH, ROBERT B.

2012 “Mitt Romney and the New Gilded Age”, *The Nation*, 16-23 de julio, en <<http://www.thenation.com/article/168623/mitt-romney-and-new-gilded-age#>>.

ROMNEY, MITT

2010 *No Apology. The Case for American Greatness*. Nueva York: St. Martin’s Press.

SABAN, HAIM

2012 “The Truth about Obama and Israel”, *The New York Times*, 4 de septiembre, en <<http://www.nytimes.com/2012/09/05/opinion/the-truth-about-obama-and-israel.html>>.

SHARMA, RUCHIR

2012 “Broken BRICS”, *Foreign Affairs* 91, no. 6 (noviembre-diciembre), en <<http://www.foreignaffairs.com/articles/138219/ruchir-sharma/broken-brics>>.

STIGLITZ, JOSEPH

2009 “The Global Crisis, Social Protection and Jobs”, *International Labour Review* 148, nos. 1-2, 13 de mayo, en <http://www.ilo.org/public/english/revue/download/pdf/s1_stiglitz2009_1_2.pdf>.

SWAIN, ASHOK

- 2007 “Rapid Economic Growth and Challenges to Indian Democracy”, Department of Peace and Conflict Research, Uppsala University, en Seminario Internacional The Two Great Narratives that Changed the World: China 1978 and Russia 1991, coordinador de la School of International and Public Affairs de la Universidad Shanghai Jiao Tong. Shanghai: 2-4 de noviembre.

THE ECONOMIST

- 2013a “More in Sorrow than Anger”, 21-27 de septiembre, en <<http://www.economist.com/news/americas/21586559-cancellation-dilma-rousseffs-state-visit-washington-has-short-term-cost>>.
- 2013b “Elected Are the Dealmakers, The Races in Virginia and New Jersey Offer a Clear Lesson for Republicans” 409, no. 8861, 9-15 de noviembre.
- 2013c “The Iranian Nuclear Deal. Unlocking the Middle East” 409, no. 8864, 30 de noviembre-6 de diciembre, en <<http://www.economist.com/news/leaders/21590911-not-only-was-deal-iran-best-offer-it-can-transform-worlds-most-troubled>>.

THE NATION

- 2013a “Democracy vs. War”, 23 de septiembre.
- 2013b “When the GOP Loses, It Wins”, 4 de noviembre, en <<http://www.thenation.com/article/176694/even-when-gop-loses-it-wins>>.

THE NEW YORK TIMES

- 2012 “Transcript of Bill Clinton’s Speech to the Democratic National Convention”, 5 de septiembre, en <<http://www.nytimes.com/2012/09/05/us/politics/transcript-of-bill-clintons-speech-to-the-democratic-national-convention.html>>.

THE WHITE HOUSE

- 2012 “Remarks by the President at AIPAC Policy Conference”, 4 de marzo, en <<http://www.whitehouse.gov/the-press-office/2012/03/04/remarks-president-aipac-policy-conference-0>>.
- 2009 “Remark by the President on a new Beginning”, 4 de junio de 2009, en <http://www.whitehouse.gov/the_press_office/Remarks-by-the-President-at-Cairo-University-6-04-09>.

TOCQUEVILLE, ALEXIS DE

- 1990 *Democracy in America*. Londres: Encyclopaedia Britannica.

TRAUB, JAMES

- 2013 “The End of the Gandhis. Can Rahul Gandhi Run India? Can anybody?”, *Foreign Policy*, mayo-junio 2013, en <http://www.foreignpolicy.com/articles/2013/04/29/the_end_of_the_gandhis>.

VALDÉS-UGALDE, JOSÉ LUIS

- 2013a “Fin de ciclo”, *Excelsior*, sec. “Opinión”, 20 de septiembre, en <<http://www.excelsior.com.mx/opinion/jose-luis-valdes-ugalde/2013/10/20/924357>>.
- 2013b “El espía feo”, *Excelsior*, sec. “Opinión”, 3 de noviembre, en <<http://www.excelsior.com.mx/opinion/jose-luis-valdes-ugalde/2013/11/03/926691>>.
- 2013c “Irán y la geopolítica inteligente”, *Excelsior*, sec. “Opinión”, 1º de diciembre, en <<http://www.excelsior.com.mx/opinion/jose-luis-valdes-ugalde>>.
- 2012 “El bueno, el malo y el dilema de Burke”, *Excelsior*, sec. “Opinión”, 25 de julio, en <<http://www.excelsior.com.mx/opinion/2012/07/25/jose-luis-valdes-ugalde/849790>>.
- 2008 “Is Obama Black?”, *Voices of Mexico*, no. 83 (septiembre-diciembre).
- 2007 “Bush: The Last Battle Lost”, *Voices of Mexico*, no. 78 (enero-marzo).
- 2004 *Estados Unidos: Intervención y poder mesiánico. La guerra fría en Guatemala, 1954*. México: CISAN, UNAM/Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM.

VALDÉS-UGALDE, JOSÉ LUIS y BERNADETTE VEGA

- 2009 “The Obama Presidency and the New Roads for the American Way: Has the Past Been Left Behind?”, en Andrzej Mania, Łukasz Wordliczek, eds., *The United States and the World: from Imitation to Challenge*. Cracovia: Jagiellonian University Press.

VALDÉS-UGALDE, JOSÉ LUIS y FRANIA DUARTE

- 2013 “Del poder duro al poder inteligente. La nueva estrategia de seguridad de Barack Obama o de la sobrevivencia de la política exterior de Estados Unidos”, *Norteamérica*, año 8, no. 2 (julio-diciembre).

WALT, STEPHEN M.

- 2011 “The End of the American Era”, *The National Interest* (noviembre/diciembre), en <<http://nationalinterest.org/article/the-end-the-american-era-6037>>.
- 2006 *Taming American Power: The Global Response to U.S. Primacy*. Nueva York: W.W. Norton.

WALTZ, KENNETH

- 2012 “Why Iran Should Get the Bomb”, *Foreign Affairs*, 1º de agosto, en <<http://www.foreignaffairs.com/articles/137731/kenneth-n-waltz/why-iran-should-get-the-bomb>>.

WILDAVSKY, AARON

1985 “America First”, *National Interest*, no. 1 (otoño).

WOHLFORTH, WILLIAM C.

1999 “The Stability of a Unipolar World”, *International Security* 24, no. 1 (verano): 5-41.

ZAKARIA, FAREED

2011 *The Post American World, Release 2.0*. Nueva Yorks: W.W. Norton & Company.

2007 *The Future of Freedom. Iliberal Democracy at Home and Abroad*. Nueva York: W.W. Norton and Company.

1997 “The Rise of Illiberal Democracy”, *Foreign Affairs* (noviembre/diciembre), en <<http://www.foreignaffairs.com/articles/53577/fareed-zakaria/the-rise-of-illiberal-democracy>>.